

The Project Gutenberg EBook of Zadig, by Voltaire
#13 in our series by Voltaire

Copyright laws are changing all over the world. Be sure to check the copyright laws for your country before downloading or redistributing this or any other Project Gutenberg eBook.

This header should be the first thing seen when viewing this Project Gutenberg file. Please do not remove it. Do not change or edit the header without written permission.

Please read the "legal small print," and other information about the eBook and Project Gutenberg at the bottom of this file. Included is important information about your specific rights and restrictions in how the file may be used. You can also find out about how to make a donation to Project Gutenberg, and how to get involved.

Welcome To The World of Free Plain Vanilla Electronic Texts

eBooks Readable By Both Humans and By Computers, Since 1971

*****These eBooks Were Prepared By Thousands of Volunteers!*****

Title: Zadig

Author: Voltaire

Release Date: June, 2004 [EBook #5985]
[Yes, we are more than one year ahead of schedule]
[This file was first posted on October 7, 2002]

Edition: 10

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK ZADIG ***

Produced by Juliet Sutherland, Charles Franks
and the Online Distributed Proofreading Team.

NOVELAS

DE

VOLTAIRE,

TRADUCIDAS

POR J. MARCHENA.

BURDEOS,

IMPRESA DE PEDRO BEAUME,

ALLÉES DE TOURNY, NO. 5.

1819.

ZADIG,

ó

EL DESTINO,

HISTORIA ORIENTAL.

DEDICATORIA DE ZADIG

A LA SULTANA CHERAAH, POR SADI.

A 18 del mes de Cheval, año 837 de la hegira.

Embeleso de las niñas de los ojos, tormento del corazón, luz del
Enimo, no beso yo el polvo de tus pies, porque óno andas a pie, ósi
andas, pisas órosas ótapetes de Iran. Ofrecote la version de un
libro de un sabio de la antigüedad, que siendo tan feliz que nada
tenia que hacer, gozóla dicha mayor de divertirse con escribir la
historia de Zadig, libro que dice mas de lo que parece. Ruegote que le
leas y le aprecies en lo que valiere; pues aunque todavía está tu vida
en su primavera, aunque te embisten de rondón los pasatiempos todos,
aunque eres hermosa, y tu talento da a tu hermosura mayor realce,
aunque te elogian de día y de noche, motivos concomitantes que son mas
que suficientes para que no tengas pizca de sentido comun, con todo
eso tienes agudeza, discrecion, y finísimo gusto, y te he oido
discurrir con mas tino que ciertos derviches viejos de luenga barba, y
gorra piramidal. Eres prudente sin ser desconfiada, piadosa sin
flaqueza, benéfica con acierto, amiga de tus amigos, sin colrar
enemigos. Nunca cifras en decir pullas el chiste de tus agudezas, ni

dices mal de nadie, ni a nadie se le haces, puesto que tan fácil cosa te sería lo uno y lo otro. Tu alma siempre me ha parecido tan perfecta como tu hermosura. Ni te falta cierto caudalejo de filosofía, que me ha persuadido a que te agradaría más que a otra este escrito de un sabio.

Escribióse primero en el antiguo caldeo, que ni tú ni yo sabemos, y fué traducido en árabe para recreación del nombrado sultán Ulug-beg, en los tiempos que árabes y persianos se daban a escribir las Mil y una Noches, los Mil y un Días, etc. Ulug más gustaba de leer a Zadig, pero las sultanas se divertían más con los Mil y uno. Decían al sabio Ulug, que como podían llevar en paciencia unos cuentos sin pies ni cabeza, que nada querían decir. Pues por eso mismo son de nuestro gusto, respondieron las sultanas.

Espero que tú no te parezcas a ellas, y que seas un verdadero Ulug; y no desconfío de que cuando te halles fatigada de conversaciones tan instructivas como los Mil y uno, aunque mucho más recreativas, podrás yo tener la honra de que te ocupes algunos minutos de vagar en oírme cosas dichas en razón.

Si en tiempo de Scander, hijo de Filipo, hubieras sido Talestris, ó la reina de Sabea en tiempo de Soleyman, estos reyes hubieran sido los que hubieran peregrinado por verte.

Ruego a las virtudes celestiales que tus deleytes no lleven acibar, que sea duradera tu hermosura, y tu ventura perpetua.

SADI.

CAPITULO PRIMERO.

El tuerto.

Reynando el rey Moabdar, vivía en Babilonia un mozo llamado Zadig, de buena índole, que con la educación se había mejorado. Sabía enfrenar sus pasiones, aunque mozo y rico; ni gastaba afectación, ni se empeñaba en que le dieran siempre la razón, y respetaba la flaqueza humana. Pasmábase todos viendo que puesto que le sobraba agudeza, nunca se mofaba con chufletas de los desconciertos mal hilados, de las murmuraciones sin fundamento, de los disparatados fallos, de las burlas de juglares, que llamaban conversación los Babilonios. En el libro primero de Zoroastro había visto que es el amor propio una pelota llena de viento, y que salen de ella borrascas así, que la pican. No se alababa Zadig de que no hacía aprecio de las mugeres, y de que las dominaba. Era liberal, sin que le arredrase el temor de hacer bien a desagradecidos, cumpliendo con aquel gran mandamiento de Zoroastro, que dice: "Da de comer a los perros" cuando tú comieres, aunque te muerdan "luego." Era sabio quanto puede serlo el hombre,

pues procuraba vivir en compañía de los sabios: había aprendido las ciencias de los Caldeos, y estaba instruido en cuanto acerca de los principios físicos de la naturaleza en su tiempo se conocía; y de metafísica sabía todo cuanto en todos tiempos se ha sabido, que es decir muy poca cosa. Creía firmísimamente que un año tiene trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, contra lo que enseñaba la moderna filosofía de su tiempo, y que estaba el sol en el centro del mundo; y cuando los principales magos le decían en tono de improperio, y mirándole de reojo, que sustentaba principios sabios haeresim, y que solo un enemigo de Dios y del estado podía decir que giraba el sol sobre su eje, y que era el año de doce meses, se callaba Zadig, sin fruncir las cejas ni encogerse de hombros.

Opulento, y por tanto no faltándole amigos, disfrutando salud, siendo buen mozo, prudente y moderado, con pecho ingenuo, y elevado ánimo, creyó que podía aspirar a ser feliz. Estaba apalabrado su matrimonio con Semira, que por su hermosura, su dote, y su cuna, era el mejor casamiento de Babilonia. Profesábase Zadig un sincero y virtuoso cariño, y Semira le amaba con pasión. Rayaba ya el venturoso día que a enlazarlos iba, cuando paseábase ambos amantes fuera de las puertas de Babilonia, bajo unas palmas que daban sombra a las riberas del Eufrates, vieron acercarse unos hombres armados con alfanjes y flechas. Eran estos unos sayones del mancebo Orcan, sobrino de un ministro, y en calidad de tal los aduladores de su tío le habían persuadido a que podía hacer cuanto se le antojase. Ninguna de las prendas y virtudes de Zadig poseía; pero creído que se le aventajaba mucho, estaba desesperado por no ser el preferido. Estos celos, meros hijos de su vanidad, le hicieron creer que estaba enamorado de Semira, y quiso robarla. Habíanla cogido los robadores, y con el arrebató de su violencia la habían herido, vertiendo la sangre de una persona que con su presencia los tigres del monte Imao habría amansado. Traspasaba Semira el cielo con sus lamentos, gritando: ¡Querido esposo, que me llevan de aquel a quien adoro! No la movía el peligro en que se veía, que solo en su caro Zadig pensaba. Defendíala este con todo el denuedo del amor y la valentía, y con ayuda de solos dos esclavos ahuyentó a los robadores, y se traxo a Semira ensangrentada y desmayada, que al abrir los ojos conoció a su libertador. ¡O Zadig! le dijo, os quería como a mi esposo, y ahora os quiero como aquel a quien de vida y honra soy deudora. Nunca rebose un pecho en más tiernos afectos que el de Semira, nunca tan linda boca pronunció con tanta viveza de aquellas inflamadas expresiones que de la gratitud del más alto beneficio y de los más tiernos raptos del cariño más legítimo son hijas. Era leve su herida, y sanó en breve. Zadig estaba herido de más peligro, porque una flecha le había hecho una honda llaga junto al ojo. Semira importunaba a los Dioses por la cura de su amante: día y noche báñados los ojos en llanto, aguardaba con impaciencia el instante que los de Zadig se pudieran gozar en mirarla; pero una apostema que se formó en el ojo herido causó el mayor temor. Enviaron a llamar a Menfis al célebre médico Hermes, que vino con una crecida comitiva; y habiendo visitado al enfermo declaró que irremediablemente perdía el ojo, pronosticando hasta el día y la hora que había de suceder tan fatal desmán. Si hubiera sido, dijo, el ojo derecho, yo le curaría; pero las heridas del izquierdo no tienen cura. Toda Babilonia se dolió de la

suerte de Zadig, al paso que quedó asombrada con la profunda ciencia de Hermes. Dos días después reventó naturalmente la apostema, y sanó Zadig. Hermes escribió un libro, probándole que no debía haber sanado, el qual Zadig no leyó pero luego que pudo salir, fué á ver á aquella de quien esperaba su felicidad, y por quien únicamente quería tener ojos. Halló en Semira en su quinta, tres días hacia, y supo Zadig en el camino, que después de declarar resueltamente que tenía una invencible antipatía á los tuertos, la hermosa dama se había casado con Orcan aquella misma noche. Desmayóse al oír esta nueva, y estuvo en poco que su dolor le condujera al sepulcro; mas después de una larga enfermedad pudo más la razón que el sentimiento, y fué no poca parte de su consuelo la misma atrocidad del agravio. Pues he sido víctima, dixo, de tan cruel antojo de una muger criada en palacio, me casé con una hija de un honrado vecino. Escogió pues por muger á Azora, doncella muy cuerda y de la mejor índole, en quien no noté defecto que alguna insustancialidad, y no poca inclinación á creer que los mozos más lindos eran siempre los más cuerdos y virtuosos.

CAPITULO II

Las narices.

Un día que volvía del paseo Azora toda inmutada, y haciendo descompuestos ademanes: ¿Qué tienes, querida? le dixo Zadig; ¿qué es lo que tan fuera de tí te ha puesto? ¡Ay! le respondió Azora, lo mismo hicieras tó, si hubieses visto la escena que acabo yo de presenciar. Había ido á consolarme en Cosroea, la viuda jóven que ha erigido, dos días ha, un mausoleo al difunto mancebo, marido suyo, cabe el arroyo que baña esta pradera, jurando á los Dioses, en su dolor, que no se apartaría de las inmediaciones de este sepulcro, mientras el arroyo no mudara su corriente. Bien está, dixo Zadig; eso es señal de que es una muger de bien, que amaba de veras á su marido. Ha, replico Azora, si tó supieras qual era su ocupación quando entró á verla.--¿Qual era, hermosa Azora?--Dar otro cauce al arroyo. Añadió luego Azora tantas invectivas, prorumpió en tan agrias acusaciones contra la viuda moza, que disgustó mucho á Zadig virtud tan jactanciosa. Un amigo suyo, llamado Cador, era uno de los mozos que reputaba Azora por de mayor mérito y probidad que otros; Zadig le fió su secreto, afianzando, en quanto le fué posible, su fidelidad con quantosas deditivas. Después de haber pasado Azora dos días en una quinta de una amiga suya, se volvió á su casa al tercero. Los criados le anunciaron llorando que aquella misma noche se había caído muerto de repente su marido, que no se habían atrevido á llevarle tan mala noticia, y que acababan de enterrar á Zadig en el sepulcro de sus padres al cabo del jardín. Lloraba Azora, mesó los cabellos, y juraba que no quería vivir. Aquella noche pidió Cador licencia para hablar con ella, y lloraron, ambos. El siguiente día lloraron juntos, y comieron juntos. Fide Cador que le había dexado su amigo la mayor parte de su caudal, y le dió á entender que su mayor dicha sería poder partírselo con ella. Lloró con

esto la dama, enojóse, y se apaciguó luego; y como la cena fué mas larga que la comida, habló Embos con mas confianza. Hizo Azora el panegírico del difunto, confesando empero que adolecia de ciertos defectillos que en Cadór no se hallaban.

En mitad de la cena se quejó Cadór de un vehemente dolor en el bazo, y la dama inquieta y asustada mandó que traxeran todas las esencias con que se sahumaba, para probar si alguna era un remedio contra los dolores de bazo; sintiendo mucho que se hubiera ido ya de Babilonia el sapientísimo Hermes, y dignándose hasta de tocar el lado donde sentia Cadór tan fuertes dolores. ¿Suele daros este dolor tan cruel? le dixo compasiva. A dos dedos de la sepultura me pone veces, le respondió Cadór, y no hay mas que un remedio para aliviarme, que es aplicarme al costado las narices de un hombre que haya muerto el día antes. ¡Raro remedio! dixo Azora. No es mas raro, respondió Cadór, que los cuernos de ciervo que ponen los niños para preservarlos del mal de ojos. Esta última razon con el mucho mérito del mozo determinaron al cabo a la Señora. Por fin, dixo, si las narices de mi marido son un poco mas cortas en la segunda vida que en la primera, no por eso le ha de impedir el paso el Ángel Asrael, quando atraviere el puente Sebinavar, para transitar del mundo de ayer al de mañana. Diciendo esto, cogió una navaja, llegóse al sepulcro de su esposo bajándole en llanto, y se bajó para cortarle las narices; pero Zadig que estaba tendido en el sepulcro, agarrando con una mano sus narices, y desviando la navaja con la otra, se alzó de repente exclamando; Otra vez no digas tanto mal de Cosroea, que la idea de cortarle las narices bien se las puede apostar a la de mudar la corriente de un arroyo.

CAPITULO III.

El perro y el caballo.

En breve experimentó Zadig que, como dice el libro de Zenda-Vesta, si el primer mes de matrimonio es la luna de miel, el segundo es la de acibar. Vióse muy presto precisado a repudiar a Azora, que se habia tornado inaguantable, y procuró ser feliz estudiando la naturaleza. No hay ser mas venturoso, decia, que el filósofo que estudia el gran libro abierto por Dios a los ojos de los hombres. Las verdades que descubre son propiedad suya: sustenta y enaltece su ánimo, y vive con sosiego, sin temor de los demas, y sin que venga su tierna esposa a cortarle las narices.

Empapado en estas ideas, se retiró a una quinta a orillas del Eufrates, donde no se ocupaba en calcular quantas pulgadas de agua pasan cada segundo baxo los arcos de un puente, ni si el mes del ratón llueve una línea cúbica de agua mas que el del carnero; ni ideaba hacer seda con telarañas, ó porcelana con botellas quebradas; estudiaba, sí, las propiedades de los animales y las plantas, y en poco tiempo grangeó una sagacidad que le hacia tocar millares de

diferencias donde los otros solo uniformidad veían.

Paseándose un día junto a un bosquecillo, vio venir corriendo un eunuco de la reyna, acompañado de varios empleados de palacio: todos parecían llenos de zozobra, y corrían a todas partes como locos que andan buscando lo más precioso que han perdido. Mancebo, le dijo el principal eunuco, ¿visteis al perro de la reyna? Respondióle Zadig con modestia: Es perra que no perro. Teneis razon, replicó el primer eunuco. Es una perra fina muy chiquita, continuó Zadig, que ha parido poco ha, coxa del pié izquierdo delantero, y que tiene las orejas muy largas. ¿Con que la habeis visto? dijo el primer eunuco fuera de sí. No por cierto, respondió Zadig; ni la he visto, ni sabia que la reyna tuviese perra ninguna.

Aconteció que por un capricho del acaso se hubiese escapado al mismo tiempo de manos de un palafrenero del rey el mejor caballo de las caballerizas reales, y andaba corriendo por la vega de Babilonia. Iban tras de él el caballero mayor y todos sus subalternos con no menos premura que el primer eunuco tras de la perra, Dirigióse el caballero a Zadig, preguntándole si habia visto el caballo del rey. Ese es un caballo, dijo Zadig, que tiene el mejor galope, dos varas de alto, la pesueta muy pequeña, la cola de vara y cuarta de largo; el bocado del freno es de oro de veinte y tres quilates, y las herraduras de plata de once dineros. ¿Y por donde ha ido? ¿donde está? preguntó el caballero mayor. Ni le he visto, repuso Zadig, ni he oido nunca hablar de él.

Ni al caballero mayor ni al primer eunuco les quedó duda de que habia robado Zadig el caballo del rey y la perra de la reyna; conduxeronle pues a la asamblea del gran Desterham, que le condenó a doscientos azotes y seis años de presidio. No bien hubieron dado la sentencia, quando parecieron el caballo y la perra, de suerte que se vieron los jueces en la dolorosa precision de anular su sentencia; condenaron empero a Zadig a una multa de quatrocientas onzas de oro, porque habia dicho que no habia visto habiendo visto. Primero pagó la multa, y luego se le permitió defender su pleyto ante el consejo del gran Desterham, donde dixo así:

Astros de justicia, pozos de ciencia, espejos de la verdad, que con la gravedad del plomo unís la dureza del hierro, el brillo del diamante, y no poca afinidad con el oro, siéndome permitido hablar ante esta augusta asamblea, juro por Orosmandes, que nunca ví ni la respetable perra de la reyna, ni el sagrado caballo del rey de reyes. El suceso ha sido como voy a contar. Andaba paseando por el bosquecillo donde luego encontré al venerable eunuco, y al ilustrísimo caballero mayor. Observé en la arena las huellas de un animal, y fácilmente conocí que era un perro chico. Unos surcos largos y ligeros, impresos en montoncillos de arena entre las huellas de las patas, me dieron a conocer que era una perra, y que le colgaban las tetas, de donde colegí que habia parido pocos días hacia. Otros vestigios en otra direccion, que se dexaban ver siempre al ras de la arena al lado de los piés delanteros, me demostraron que tenia las orejas largas; y como las pisadas del un pié eran menos hondas en la arena que las de

los otros tres, saquØ por consecuencia que era, si soy osado Æ decirlo, algo coxa la perra de nuestra augusta reyna.

En quanto al caballo del rey de reyes, la verdad es que paseÆndome por las veredas de dicho bosque, notØ las seæales de las herraduras de un caballo, que estaban todas Æ igual distancia. Este caballo, dixen, tiene el galope perfecto. En una senda angosta que no tiene mas de dos varas y media de ancho, estaba Æ izquierda y Æ derecha barrido el polvo en algunos parages. El caballo, conjeturØ yo, tiene una cola de vara y quarta, que con sus movimientos Æ derecha y Æ izquierda ha barrido este polvo. Debaxo de los Ærboles que formaban una enramada de dos varas de alto, estaban recién caidas las hojas de las ramas, y conocí que las habia dexado caer el caballo, que por tanto tenia dos varas. Su freno ha de ser de oro de veinte y tres quilates, porque habiendo estregado la cabeza del bocado contra una piedra que he visto que era de toque, hice la prueba. Por fin, las marcas que han dexado las herraduras en piedras de otra especie me han probado que eran de plata de once dineros.

QuedÆronse pasmados todos los jueces con el profundo y sagaz tino de Zadig, y llegØla noticia al rey y la reyna. En antesalas, salas, y gabinetes no se hablaba mas que de Zadig, y el rey mandØ que se le restituyese la multa de quatrocientas onzas de oro Æ que habia sido sentenciado, puesto que no pocos magos eran de dictÆmen de quemarle como hechicero. FuØron con mucho aparato Æ su casa el escribano de la causa, los alguaciles y los procuradores, Æ llevarle sus quatrocientas onzas, sin guardar por las costas mas que trecientas noventa y ocho; verdad es que los escribientes pidiØron una gratificacion.

Viendo Zadig que era cosa muy peligrosa el saber en demasía, hizo propósito firme de no decir en otra ocasion lo que hubiese visto, y la ocasion no tardØen presentarse. Un reo de estado se escapØ y pasØ por debaxo de los balcones de Zadig. TomÆronle declaracion Æ este, no declarØnada; y habiØndole probado que se habia asomado al balcon, por tamaæo delito fuØ condenado Æ pagar quinientas onzas de oro, y diØlas gracias Æ los jueces por su mucha benignidad, que así era costumbre en Babilonia, ¡Gran Dios, decia Zadig entre sí, quØ desgraciado es quien se pasea en un bosque por donde haya pasado el caballo del rey, óla perrita de la reyna! ¡QuØ de peligros corre quien Æ su balcon se asoma! ¡QuØ cosa tan difícil es ser dichoso en esta vida!

CAPITULO IV.

El envidioso.

ApelØZadig Æ la amistad y Æ la filosofia para consolarse de los males que le habia hecho la fortuna. En un arrabal de Babilonia tenia una casa alhajada con mucho gusto, y allí reunia las artes y las recreaciones dignas de un hombre fino. Por la maæana estaba su

biblioteca abierta para todos los sabios, y por la tarde su mesa a las personas de buena educacion. Pero muy presto echó de ver que era muy peligroso tratar con sabios. Suscitóse una fuerte disputa acerca de una ley de Zoroastro, que prohibe comer grifo. ¿Como está prohibido el grifo, decian unos, si no hay tal animal? Fuerza es que le haya, decian otros, quando no quiere Zoroastro que le comamos. Zadig, por ponerlos conformes, les dixo: Pues no comamos grifo, si grifos hay; y si no los hay, ménos los comeremos, y así obedeceremos a Zoroastro.

Habia un sabio escritor que habia compuesto una obra en trece tomos en folio acerca de las propiedades de los grifos, gran teurgista, que a toda priesa se fué a presentar ante el archimago Drastanos, el mas necio, y a consecuencia el mas fanático de los Caldeos de aquellos remotos tiempos. En honra y gloria del Sol, habria este mandado empalar a Zadig, y rezado luego el breviario de Zoroastro con mas devota compuncion. Su amigo Cador (que un amigo vale mas que un ciento de clérigos) fué a ver al viejo Drastanos, y le dixo así: Gloria al Sol y a los grifos; nadie toque al pelo a Zadig, que es un santo, y mantiene grifos en su corral, sin comérselos: su acusador sí, que es herege. ¿Pues no ha sustentado que no son ni solípedos ni inmundos los conejos? Bien, bien, dixo Drastanos, meneando la temblona cabeza: a Zadig se le ha de empalar, porque tiene ideas erróneas sobre los glifos; y al otro, porque ha hablado sin miramiento de los conejos. Apaciguó Cador todo por medio de una moza de retrete de palacio, a quien habia hecho un chiquillo, la qual tenia mucho influxo con el colegio de los magos, y no empaláron a nadie; cosa que la murmuraron muchos doctores, y por ello pronosticaron la próxima decadencia de Babilonia. Decia Zadig: ¿En qué se cifra la felicidad? Todo me persigue en la tierra, hasta los seres imaginarios; y maldiciendo de los sabios, resolvióse a vivir con la gente fina.

Reuníanse en su casa los sugetos de mas fino trato de Babilonia, y las mas amables damas; servíanse exquisitas cenas, precedidas las mas veces de academias, y que animaban conversaciones amables, en que nadie aspiraba a echarlo de agudo, que es medio certísimo de ser un majadero, y deslustrar la mas brillante tertulia. Los platos y los amigos no eran los que escogia la vanagloria, que en todo preferia a la apariencia la realidad, y así se grangeaba una estimacion sólida, por eso mismo que ménos a ella aspiraba.

Vivia en frente de su casa un tal Arimazo, sugeto que llevaba la perversidad de su enemigo en la fisonomía grabada: corrióle la envidia, y reventaba de vanidad, dexando aparte que era un presumido de saber fastidioso. Como las personas finas se burlaban de él, él se vengaba hablando mal de ellas. Con dificultad reunia en su casa aduladores, puesto que era rico. Importunábale el ruido de los coches que entraban de noche en casa de Zadig, pero mas le enfadaba el de las alabanzas que de él oía. Iba algunas veces a su casa, y se sentaba a la mesa sin que le convidaran, corrompiendo el júbilo de la compañía entera, como dicen que inficionan las arpías los manjares que tocan. Sucedió un dia que quiso dar un banquete a una dama, que, en vez de admitirle, se fué a cenar con Zadig; y otra vez, estando ambos hablando en palacio, se llegó un ministro que convidó a Zadig a cenar, y no le dixo nada a

Arimazo. En tan flacos cimientos estriban Æ veces las mas crueles enemigas. Este hombre, que apellidaba Babilonia el envidioso, quiso dar al traste con Zadig, porque le llamaban el dichoso. Cien veces al dia, dice Zoroastro, se halla ocasion para hacer daæo, y para hacer bien apØnas una vez al aæo.

FuØse el envidioso Æ casa de Zadig, el qual se estaba paseando por sus jardines con dos amigos, y una seæora Æ quien decia algunas flores, sin otro Ænimo que decirlas. TratÆbase de una guerra que acababa de concluir con felicidad el rey contra el príncipe de Hircania, feudatario suyo. Zadig que en esta corta guerra habia dado repetidas pruebas de valor, hacia muchos elogios del rey, y mas todavía de la dama. Cogiósu libro de memoria, y escribióen Øl quatro versos de repente, que dióÆ leer Æ su hermosa huØspeda; pero aunque sus amigos le suplicÆron que se los leyese, por modestia, óacaso por un amor propio muy discreto, no quiso hacerlo: que bien sabia que los versos de repente hechos solo son buenos para aquella para quien se hacen. Rasgó pues en dos la hoja del librito de memoria en que los habia escrito, y tirólos dos pedazos Æ una enramada de rosales, donde fuØ en balde buscarlos. Empezóen breve Æ lloviznar, y se volviØron todos Æ los salones; pero el envidioso que se habia quedado en el jardin, tanto registróque diócon una mitad de la hoja, la qual de tal manera estaba rasgada, que la mitad de cada verso que llenaba un renglon formaba sentido, y aun un verso corto; y lo mas extraæo es que, por un acaso todavía mas extraordinario, el sentido que formaban los tales versos cortos era una atroz infectiva contra el rey. Leíase en ellos:

Un monstruo detestable
Hoy rige la Caldea;
Su trono incontrastable
El poder mismo afea,

Por la vez primera de su vida se creyófeliz el envidioso, teniendo con que perder Æ un hombre de bien y amable. Embriagado en tan horrible jøbilo, dirigióal mismo rey esta sÆtira escrita de pluma de Zadig, el qual, con sus dos amigos y la dama, fuØ llevado Æ la cÆrcel, y se le formócausa, sin que se dignaran de oirle. Pæsose el envidioso, quando le hubiØron sentenciado, en el camino por donde habia de pasar, y le dixo que no valian nada sus versos. No lo echaba Zadig de poeta; sentia empero en el alma verse condenado como reo de lesa-magestad, y dexar dos amigos y una hermosa dama en la cÆrcel por un delito que no habia cometido. No lo permitiØron alegar nada en su defensa, porque el libro de memoria estaba claro, y que así era estilo en Babilonia. Caminaba pues al cadahalso, atravesando inmensas filas de gentes curiosas; ninguno se atrevia Æ condolerse de Øl, pero sí se agolpaban para exâminar quØ cara ponía, y si iba Æ morir con aliento. Sus parientes eran los cænicos afligidos, porque no heredaban, habiØndose confiscado las tres quartas partes de su caudal Æ beneficio del erario, y la restante al del envidioso.

MiØntras que se estaba disponiendo Æ morir, se volódel balcon el loro del rey, y fuØ Æ posarse en los rosales del jardin de Zadig. Habia derribado el viento un melocoton de un Ærbol inmediato, que habia

caído sobre un pedazo de un librito de memoria escrito, y se le había pegado. Agarró el loro el melocotón con lo escrito, y se lo llevó todo a las rodillas del rey. Curioso esta leyó unas palabras que no significaban nada, y parecían fines de verso. Como era aficionado a la poesía, y que siempre se puede sacar algo con los príncipes que gustan de coplas, le dió que pensar la aventura del papagayo. Acordándose entonces la reina de lo que había en el trozo del libro de memoria de Zadig, mandó que se le traxesen, y confrontando ambos trozos se vió que venía uno con otro; y los versos de Zadig, leídos como él los había escrito, eran los siguientes:

Un monstruo detestable es la sangrienta guerra;
Hoy rige la Caldea en paz el rey sin sustos:
Su trono incontrastable amor tiene en la tierra;
El poder mismo afea quien no goza sus gustos.

Al punto mandó el rey que traxeran a Zadig a su presencia, y que sacaran de la cárcel a sus dos amigos y la hermosa dama. Postróse el rostro por el suelo Zadig a las plantas del rey y la reina; pidió rendidamente perdón por los malos versos que había compuesto, y habló con tal donaire, tino y agudeza, que los monarcas quisieron volver a verle: volvió y gustólas. Le adjudicaron los bienes del envidioso que injustamente le había acusado: Zadig se los restituyó todos, y el cénico afecto del corazón de su acusador fué el gozo de no perder lo que tenía. De día en día se aumentaba el aprecio que el rey de Zadig hacía: convidábase a todas sus recreaciones, y le consultaba en todos asuntos. Desde entonces la reina empezó a mirarle con una complacencia que podía acarrear graves peligros a ella, a su augusto esposo, a Zadig y al reino entero, y Zadig a creer que no es cosa tan dificultosa vivir feliz.

CAPITULO V.

El generoso.

Vino la época de la celebridad de una solemne fiesta que se hacía cada cinco años, porque era estilo en Babilonia declarar con solemnidad, al cabo de cinco años, qual de los ciudadanos había hecho la más generosa acción. Los jueces eran los grandes y los magos. Exponía el primer satrapa encargado del gobierno de la ciudad, las acciones más ilustres hechas en el tiempo de su gobierno; los jueces votaban, y el rey pronunciaba la decisión. De los extremos de la tierra acudían espectadores a esta solemnidad. Recibía el vencedor de mano del monarca una copa de oro guarnecida de piedras preciosas, y le decía el rey estas palabras: "Recibid este premio de la generosidad, y oxalá me concedan los Dioses muchos vasallos que a vos se parezcan."

Llegado este memorable día, se dexó ver el rey en su trono, rodeado de grandes, magos y diputados de todas las naciones, que venían, a unos

juegos donde no con la ligereza de los caballos, ni con la fuerza corporal, sino con la virtud se grangeaba la gloria. Recitó en voz alta el satrapa las acciones por las cuales podían sus autores merecer el inestimable premio, y no habló siquiera de la magnanimidad con que había restituido Zadig todo su caudal al envidioso: que no era esta acción que mereciera disputar el premio.

Primero presentó un juez que habiendo, en virtud de una equivocación de que no era responsable, fallado un pleito importante contra un ciudadano, le había dado todo su caudal, que era lo equivalente de la pérdida del litigante.

Luego produjo un mancebo que perdido de amor por una doncella con quien se iba a casar, se la cedió no obstante un amigo suyo, que estaba a la muerte por amores de la misma, y además dotó a la doncella.

Hizo luego comparecer un militar que en la guerra de Hircania había dado ejemplo todavía de mayor generosidad. Llevábase su madre y algunos soldados enemigos, y mientras la estaba defendiendo contra ellos, le vino a decir que otros Hircanos se llevaban de allí cerca a su madre; y abandonó llorando a su querida, por libertar a la madre. Cuando volvió a tomar la defensa de su dama, la encontró expirando, y se quiso dar la muerte; pero le representó su madre que no tenía más apoyo que él, y tuvo ánimo para sufrir la vida.

Inclinábase los jueces por este soldado; pero el rey tomando la palabra, dijo: Acción es noble la suya, y también lo son las de los otros, pero no me pasan; y ayer hizo Zadig una que me ha pasmado. Pocos días ha que ha caído de mi gracia Coreb, mi ministro y valido. Quejébase de mí con vehemencia, y todos los palaciegos me decían que era yo demasiado misericordioso; todos decían por mí mal de Coreb. Preguntó su dictamen a Zadig, y se atrevió a alabarle. Confieso que en nuestras historias he visto ejemplos de haber pagado un yerro con su caudal, cedido su dama, ó antepuesto su madre al objeto de su amor; pero nunca he leído que un palaciego haya dicho bien de un ministro caído con quien estaba enojado su soberano. A cada uno de aquellos cuyas acciones se han recitado le doy veinte mil monedas de oro; pero la copa se la doy a Zadig.

Señor, replicó este, vuestra magestad es el cénico que la merece, y quien ha hecho la más inaudita acción, pues siendo rey no se ha indignado contra su esclavo que contradecía su pasión. Todos celebraron admirados al rey y a Zadig. Recibieron las dadas del monarca el juez que había dado su caudal, el amante que había casado a su amada con su amigo, y el soldado que antes quiso librar a su madre que a su dama; y Zadig obtuvo la copa. Grangéase el rey la reputación de buen príncipe, que no conservó mucho tiempo; y se consagró el día con fiestas que duraron más de lo que prescribía la ley, conservándose aun su memoria en el Asia. Decía Zadig: ¡con que en fin soy feliz! pero Zadig se engañaba.

CAPITULO VI.

El ministro.

Habiendo perdido el rey Æ su primer ministro, escogió Æ Zadig para desempeñar este cargo. Todas las hermosas damas de Babilonia aplaudieron esta eleccion, porque nunca habia habido ministro tan mozo desde la fundacion del imperio: todos los palaciegos la sintieron; al envidioso le dió un vómito de sangre, y se le hincharon extraordinariamente las narices. Dió Zadig las gracias al rey y Æ la reyna, y fué luego Æ dÆrselas al loro. Precioso pÆxaro, le dixo, tœ has sido quien me has librado la vida, y quien me has hecho primer ministro. Mucho mal me habian hecho la perra y el caballo de sus magestades, pero tœ me has hecho mucho bien. ¡En quœ cosas estriba la suerte de los humanos! Pero puede ser que mi dicha se desvanezca dentro de pocos instantes. El loro respondió Æntes. Dió golpe Æ Zadig esta palabra; puesto que Æ fuer de buen físico que no creía que fuesen los loros profetas, se sosegó luego, y empezó Æ servir su cargo lo mejor que supo.

Hizo que Æ todo el mundo alcanzara el sagrado poder de las leyes, y que Æ ninguno abrumara el peso de su dignidad. No impidió la libertad de votos en el divan, y cada visir podia, sin disgustarle, exponer su dictÆmen. Quando fallaba de un asunto, la ley, no Øl, era quien fallaba; pero quando esta era muy severa, la suavizaba; y quando faltaba ley, la hacia su equidad tal, que se hubiera podido atribuir Æ Zoroastro. El fué quien dexó vinculado en las naciones el gran principio de que vale mas libertar un reo, que condenar un inocente. Pensaba que era destino de las leyes no mœnos socorrer Æ los ciudadanos que amedrentarlos. CifrÆbase su principal habilidad en desenmarañar la verdad que procuran todos obscurecer. Sirviœ de esta habilidad desde los primeros dias de su administracion. Habia muerto en las Indias un comerciante muy nombrado de Babilonia: y habiendo dexado su caudal por iguales partes Æ sus dos hijos, despues de dotar Æ su hija, dexaba ademas un legado de treinta mil monedas de oro Æ aquel de sus hijos que se decidiese que le habia querido mas. El mayor le erigió un sepulcro, y el menor dió Æ su hermana parte de su herencia en aumento de su dote. La gente decia: El mayor queria mas Æ su padre, y el menor quiere mas Æ su hermana: las treinta mil monedas se deben dar al mayor. Llamó Zadig sucesivamente Æ los dos, y le dixo al mayor: No ha muerto vuestro padre, que ha sanado de su œltima enfermedad, y vuelve Æ Babilonia. Loado sea Dios, respondió el mancebo; pero su sepulcro me habia costado harto caro. Lo mismo dixo luego Zadig al menor. Loado sea Dios, respondió voy Æ restituir Æ mi padre todo quanto tengo, pero quisiera que dexase Æ mi hermana lo que le he dado. No restituiris nada, dixo Zadig, y se os darÆ en las treinta mil monedas, que vos sois el que mas Æ vuestro padre queríais.

Habia dado una doncella muy rica palabra de matrimonio Æ dos magos, y despues de haber recibido algunos meses instrucciones de Æmbos, se encontrœn cinto. Ambos querian casarse con ella. La doncella dixo

que sería su marido el que la había puesto en estado de dar un ciudadano al imperio. Uno decía: Yo he sido quien he hecho esta buena obra; el otro: No, que soy yo quien he tenido tanta dicha. EstÆ bien, respondiÓla doncella, reconozco por padre de la criatura el que le pueda dar mejor educacion. PariÓun chico, y quiso educarle uno y otro mago. Llevada la instancia ante Zadig, los llamóÆ entrÆembos, y dixo al primero: ¿QuØ has de enseæar Æ tu alumno? EnseæarØle, respondiÓel doctor, las ocho partes de la oracion, la dialØctica, la astrologia, la demonología, quØ cosa es la sustancia y el accidente, lo abstracto y lo concreto, las monadas y la harmonía preestablecida. Pues yo, dixo el segundo, procurarØ hacerle justo y digno de tener amigos. Zadig fallÓ Ora seas Óno su padre, tœ te casarÆs con su madre.

Todos los dias venian quejas Æ la corte contra el Itimadulet de Media, llamado Irax, gran potentado, que no era de perversa índole, pero que la vanidad y el deleyte le habian estragado. Raras veces permitia que le hablasen, y nunca que se atreviesen Æ contradecirle. No son tan vanos los pavones, ni mas voluptuosas las palomas, ni mØnos perezosos los galÆpagos; solo respiraba vanagloria y deleytes vanos.

ProbÓse Zadig Æ corregirle, y le enviÓde parte del rey un maestro de mœsica, con doce cantores y veinte y quatro violines, un mayordomo con seis cocineros y quatro gentiles-hombres, que no le dexaban nunca. Decia la Órden del rey que se siguiese puntualísimamente el siguiente ceremonial, como aquí se pone.

El dia primero, así que se despertÓel voluptuoso Irax, entrÓel maestro de mœsica acompæado de los cantores y violines, y cantÆeron una cantata que durÓdos horas, y de tres en tres minutos era el estribillo:

¡Quanto merecimiento!
¡QuØ gracia, quØ nobleza!
¡Que ufano, que contento
Debe estar de sí propio su grandeza!

Concluida la cantata, le recitÓun gentil-hombre una arenga que durÓ tres quartos de hora, pintÆndole como un dechado perfecto de quantas prendas le faltaban; y acabada, le llevÆeron Æ la mesa al toque de los instrumentos. DurÓtres horas la comida; y así que abria la boca para decir algo, exclamaba el gentil-hombre: Su Excelencia tendra razon. ApØnas decia quatro palabras; interrumpia el segundo gentil-hombre, diciendo: Su Excelencia tiene razon. Los otros dos seltaban la carcajada en aplauso de los chistes que habia dicho Ódebido decir Irax. Servidos que fuØron los postres, se repitiÓla cantata.

Pareció delicioso el primer dia, y quedÓpersuadido de que le honraba el rey de reyes conforme Æ su mØrito. El segundo le fuØ algo mØnos grato; el tercero estuvo incomodado; el quarto no le pudo aguantar; el quinto fuØ un tormento; finalmente, aburrido de oir cantar sin cesar: ¡quØ ufano, quØ contento dele estar de sí propio su grandeza! de que siempre le dixeran que tenia razon, y de que le repitieran la misma arenga todos los dias Æ la propia hora, escribiÓÆ

la corte suplicando al rey que fuese dignado de llamar a sus gentiles-hombres, sus músicos y su mayordomo, prometiendo tener más aplicación y menos vanidad. Luego gustó menos de aduladores, dió menos fiestas, y fué más feliz; porque, como dice el Sader, sin cesar placeres no son placeres.

CAPITULO VII.

Disputas y audiencias.

De este modo acreditaba Zadig cada día su agudo ingenio y su buen corazón; todos le miraban con admiración, y le amaban empero. Era reputado el más venturoso de los hombres; lleno estaba todo el imperio de su nombre; guiábasele a hurtadillas todas las mujeres; ensalzaban su justificación los ciudadanos todos; los sabios le miraban como un oráculo, y hasta los mismos magos confesaban que sabía punto más que el viejo archi-mago Siara, tan lejos entonces de formarle cansa acerca de los grifos, que solo se creía lo que él le parecía creíble.

Reynaba de mil y quinientos años atrás una gran contienda en Babilonia, que tenía dividido el imperio en dos irreconciliables sectas: la una sustentaba que siempre se debía entrar en el templo de Mitras el pie izquierdo por delante; y la otra miraba con abominación semejante estilo, y llevaba siempre el pie derecho delantero. Todo el mundo aguardaba con ansia el día de la fiesta solemne del fuego sagrado, para saber qué secta favorecía Zadig: todos tenían clavados los ojos en sus dos pies; toda la ciudad estaba suspensa y agitada. Entró Zadig en el templo saltando a pie-juntilla, y luego en un eloquente discurso hizo ver que el Dios del cielo y la tierra, que no mira con privilegio a nadie, el mismo caso hace del pie izquierdo que del derecho. Dixo el envidioso y su mujer que no había suficientes figuras en su arenga, donde no se vían bailar las montañas ni las colinas. Decían que no había en ella ni xugo ni talento, que no se vía la mar ahuyentada, las estrellas por tierra, y el sol derretido como cera virgen; por fin, que no estaba en buen estilo oriental. Zadig no aspiraba más que a que fuese su estilo el de la razón. Todo el mundo se declaró en su favor, no porque estaba en el camino de la verdad, ni porque era discreto, ni porque era amable, sino porque era primer visir.

No dió menos felice cima a otro intrincadísimo pleyto de los magos blancos con los negros. Los blancos decían que era impiedad dirigirse al oriente del invierno, cuando los fieles oraban a Dios; y los negros afirmaban que miraba Dios con horror a los hombres que se dirigían al poniente del verano. Zadig mandó que se volviera cada uno hacia donde quisiese.

Encontró medio para despachar por la mañana los asuntos particulares y generales, y lo demás del día se ocupaba en hermosear a Babilonia.

Hacia representar tragedias para llorar, y comedias para reir; cosa que habia dexado de estilarse mucho tiempo hacia, y que ØI restableció porque era sugeto de gusto fino. No tenia la manía de querer entender mas que los pentos en las artes, los quales los remuneraba con dÆdivas y condecoraciones, sin envidiar en secreto su habilidad. Por la noche divertia mucho al rey, y mas Æ la reyna. Decia el rey: ¡QuØ gran ministro! y la reyna: ¡QuØ amable ministro! y ambos aæadian: LÆstima fuera que le hubieran ahorcado.

Nunca otro en tan alto cargo se vióprecisado Æ dar tantas audiencias Æ las damas: las mas venian Æ hablarle de algøen negocio que no les importaba, para probarse Æ hacerle con ØI. Una de las primeras que se presentófuØ la muger del envidioso, juÆndole por Mitras, por Zenda-Vesta, y por el fuego sagrado, que siempre habia mirado con detestacion la conducta de su marido. Luego le fióque era el tal marido zeloso y mal criado, y le dióÆ entender que le castigaban los Dioses privÆndole de los preciosos efectos de aquel sacro fuego, el ænico que hace Æ los hombres semejantes Æ los inmortales; por fin dexó caer una liga. Cogióa Zadig con su acostumbrada cortesania, pero no se la atóÆ la dama Æ la pierna; y este leve yerro, si por tal puede tenerse, fuØ origen de las desventuras mas horrendas. Zadig no pensó en ello, pero la muger del envidioso pensómas de lo que decirse puede.

Cada dia se le presentaban nuevas damas. Aseguran los anales secretos de Babilonia, que cayóuna vez en la tentacion, pero que quedópasmado de gozar sin deleyte, y de tener su dama en sus brazos distraido. Era aquella Æ quien sin pensar diópruebas de su proteccion, una camarista de la reyna Astarte. Por consolarse decia para sí esta enamorada Babilonia: Menester es que tenga este hombre atestada la cabeza de negocios, pues aun en el lance de gozar de su amor piensa en ellos. Escapósele Æ Zadig en aquellos instantes en que los mas no dicen palabra, ósolo dicen palabras sagradas, clamar de repente: LA REYNA; y creyóla Babilonia, que vuelto en sí en un instante delicioso le habia dicho REYNA MIA. Mas Zadig, distraido siempre, pronuncióel nombre de Astarte; y la dama, que en tan feliz situacion todo lo interpretaba Æ su favor, se figuróque queria decir que era mas hermosa que la reyna Astarte. Saliódel serrallo de Zadig habiendo recibido espløndidos regalos, y fuØ Æ contar esta aventura Æ la envidiosa, que era su íntima amiga, la qual quedópenetrada de dolor por la preferencia. Ni siquiera se ha dignado, decia, de atarme esta malhadada liga, que no quiero que me vuelva Æ servir, ¡Ha, ha! dixo la afortunada Æ la envidiosa, las mismas ligas llevais que la reyna: ¿las tomais en la misma tienda? Sumióse en sus ideas la envidiosa, no respondióy se fuØ Æ consultar con el envidioso su marido.

Entretanto Zadig conocia que estaba distraido quando daba audiencia, y quando juzgaba; y no sabia Æ quØ atribuirlo: esta era su ænica pesadumbre. Soæóuna noche que estaba acostado primero encima de unas yerbas secas, entre las quales habia algunas punzantes que le incomodaban; que luego reposaba blandamente sobre un lecho de rosas, del qual salia una sierpe que con su venenosa y acerada lengua le heria el corazon. ¡Ay! decia, mucho tiempo he estado acostado encima

de las secas y punzantes yerbas; ahora lo estoy en el lecho de rosas:
¿mas qual serÆ la serpiente?

CAPITULO VIII.

Los zelos.

De su misma dicha vino la desgracia de Zadig, pero mas aun de su mØrito. Todos los dias conversaba con el rey, y con su augusta esposa Astarte, y aumentaba el embeleso de su conversacion aquel deseo de gustar, que, con respecto al entendimiento, es como el arreo Æ la hermosura; y poco Æ poco hicieron su mocedad y sus gracias una impresion en Astarte, que Æ los principios no conocióella propia. Crecia esta pasion en el regazo de la inocencia, abandonÆndose Astarte sin escrøpulo ni rezelo al gusto de ver y de oir Æ un hombre amado de su esposo y del reyno entero. AlababÆesele sin cesar al rey, hablaba de Øl con sus damas, que ponderaban mas aun sus prendas, y iodo así ahondaba en su pecho la flecha que no sentia. Hacia regalos Æ Zadig, en que tenia mas parte el amor de lo que ella se pensaba; y muchas veces, quando se figuraba que le hablaba como reyna, satisfecha se expresaba como muger enamorada.

Muy mas hermosa era Astarte que la Semira que tanta ojeriza tenia con los tuertos, y que la otra que habia querido cortar Æ su esposo las narices. Con la llaneza de Astarte, con sus tiernas razones de que empezaba Æ sonrojarse, con sus miradas que procuraba apartar de Øl, y que en las suyas se clavaban, se encendióen el pecho de Zadig un fuego que Æ Øl propio le pasmaba. Combatió llamo Æ su auxilio la filosofia que siempre le habia socorrido; pero esta ni alumbrósu entendimiento, ni aliviósu Ænimo. Ofrecíanse ante Øl, como otros tantos dioses vengadores, la obligacion, la gratitud, la magestad suprema violadas: combatia y vencia; pero una victoria Æ cada instante disputada, le costaba lÆgrimas y suspiros. Ya no se atrevia Æ conversar con la reyna con aquella serena libertad que tanto Æ entrÆmbos habia embelesado; cubríanse de una nube sus ojos; eran sus razones confusas y mal hiladas; baxaba los ojos; y quando involuntariamente en Astarte los ponía, encontraba los suyos baæados en lÆgrimas, de donde salian inflamados rayos. Parece quese decian uno Æ otro: Nos adoramos, y tememos amarnos; Æmbos ardemos en un fuego que condenamos. De la conversacion de la reyna salía Zadig fuera de sí, desatentado, y como abrumado con una caiga con la qual no podia. En medio de la violencia de su agitacion, dexóque su amigo Cador columbrara su secreto, como uno que habiendo largo tiempo aguantado las punzadas de un vehemente dolor, descubre al fin su dolencia por un grito lastimero que vencido de sus tormentos levanta, y por el sudor frio que por su semblante corre.

Díxole Cador: Ya habia yo distinguido los afectos que de vos mismo os esforzÆbais Æ ocultar: que tienen las pasiones seæales infalibles; y

si yo he leído en vuestro corazón, contemplad, amado Zadig, si descubrir el rey un amor que le agravia; el que no tiene otro defecto que ser el más zeloso de los mortales. Vos resistís a vuestra pasión con más vigor que combate Astarte la suya, porque sois filósofo y sois Zadig. Astarte es muger, y eso más dexa que se expliquen sus ojos con imprudencia que no piensa ser culpada: satisfecha por desgracia con su inocencia, no se cura de las apariencias necesarias. Mientras que no le recuerda en nada la conciencia, tendrá miedo de que se pierda. Si ambos estuviésteis acordes, frustraríais los ojos más lince: una pasión en su cuna y contrarestanda rompe afuera; el amor satisfecho se sabe ocultar. Estremeciéndose Zadig con la propuesta de engañar al monarca su bienhechor, y nunca fue más fiel a su príncipe que cuando culpado de un involuntario delito. En tanto la reina repetía con tal frecuencia el nombre de Zadig; colorábanse de manera sus mejillas al pronunciarle; cuando le hablaba delante del rey, estaba unas veces tan animada y otras tan confusa; parecía tan pensativa cuando se iba, que turbado el rey creyó todo cuanto vía, y se figuró que no vía. Observó sobre todo que las babuchas de su muger eran azules, y azules las de Zadig; que los lazos de su muger eran pajizos, y pajizo el turbante de Zadig: tremendos indicios para un príncipe delicado. En breve se tornaron en su enemigo exagerado en certeza las sospechas.

Los esclavos de los reyes y las reinas son otras tantas espías de sus más escondidos afectos, y en breve descubrieron que estaba Astarte enamorada, y Moabdar zeloso. Persuadió el envidioso a la envidiosa a que enviara al rey su liga que se parecía a la de la reina; y para mayor desgracia, era azul dicha liga. El monarca solo pensó entonces en el modo de vengarse. Una noche se resolvió a dar un veneno a la reina, y a enviar un lazo a Zadig al rayar del alba, y dió esta orden a un despiadado eunuco, executor de sus venganzas. Halló en el aposento del rey un anillo mudo, pero no sordo, que dexaban allí como un animalito doméstico, y era testigo de los más recónditos secretos. Era el tal mudo muy afecto a la reina y a Zadig, y escuchó con no menos asombro que horror dar la orden de matarlos a ambos. ¿Mas cómo haría para precaver la ejecución de tan espantosa orden, que se iba a cumplir dentro de pocas horas? No sabía escribir, pero sí pintar, y especialmente retratar al vivo los objetos. Una parte de la noche la pasó dibujando lo que quería que supiera la reina: representaba su dibujo, en un rincón del quadro, al rey enfurecido dando órdenes a su eunuco; en otro rincón una cuerda azul y un vaso sobre una mesa, con unas ligas azules, y unas cintas pajizas; y en medio del quadro la reina moribunda en brazos de sus damas, y a sus plantas Zadig ahorcado. Figuraba el horizonte el nacimiento del sol, como para denotar que esta horrenda catástrofe debía executarse al rayar de la aurora. Luego que hubo acabado, se fue corriendo al aposento de una dama de Astarte, la despertó y le dijo por señas que era menester que llevara al instante aquel quadro a la reina.

Hete pues que a media noche llaman a la puerta de Zadig, le despiertan, y le entregan una esquela de la reina: dudando Zadig si es sueño, rompe el neta con trémula mano. ¡Quo pasmo no fue el suyo, ni quien puede pintar la consternación y el horror que le sobrecogieron, cuando leyó las siguientes palabras! "Huid sin tardanza, ó van a

quitaros la vida. Huid, Zadig, que yo os lo mando en nombre de nuestro amor, y de mis cintas pajizas. No era culpada, pero veo que voy a morir delinquente."

Apenas tuyo Zadig fuerza para articular una palabra. Mandó llamar a Cador, y sin decirle nada le dió la esquela; y Cador le forzó que obedeciese, y que tomase sin detenerse el camino de Menfis. Si os aventurais a ir a ver a la reyna, le dixo, acelerais su muerte; y si hablais con el rey, tambien es perdida. Yo me encargo de su suerte, seguid vos la vuestra: esparcid la voz de que os habeis encaminado hacia la India, ir pronto a buscaros, y os diré lo que hubiere sucedido en Babilonia.

Sin perder un minuto, hizo Cador llevar a una salida excusada de palacio dos dromedarios ensillados de los mas andariegos; en uno montó Zadig, que no se podia tener, y estaba a punto de muerte, y en otro el cénico criado que le acompañaba. A poco rato Cador sumido en dolor y asombro hubo perdido a su amigo de vista.

Llegó el ilustre pródigo a la cima de un collado de donde se descubria Babilonia, y clavando los ojos en el palacio de la reyna se cayó desmayado. Quando recobró el sentido, vertió abundante llanto, invocando la muerte. Al fin despues de haber lamentado la deplorable estrella de la mas amable de las mugeres, y la primera reyna del mundo, reflexionando un instante en su propia suerte, dixo: ¡Válame Dios; y lo que es la vida humana! ¡O virtud, para que me has valido! Indignamente me han engañado dos mugeres; y la tercera, que no es culpada, y es mas hermosa que las otras, va a morir. Todo quanto bien he hecho ha sido un manantial de maldiciones para mí; y si me he visto exaltado a la cumbre de la grandeza, ha sido para despeñarme en la mas honda sima de la desventura. Si como tantos hubiera sido malo, sería, como ellos, dichoso. Abrumado con tan fatales ideas, cubiertos los ojos de un velo de dolor, pálido de color de muerte el semblante, y sumido el ánimo en el abismo de una tenebrosa desesperacion, siguió su viaje hacia el Egipto.

CAPITULO IX.

La muger aporreada.

Encaminabase Zadig en la direccion de las estrellas, y le guiaban la constelacion de Orion y el luciente astro de Sirio hacia el polo de Canopo. Contemplaba admirado estos vastos globos de luz que parecen imperceptibles chispas a nuestra vista, al paso que la tierra que realmente es un punto infinitamente pequeño en la naturaleza, la mira nuestra codicia como tan grande y tan noble. Representábase entonces a los hombres como realmente son, unos insectos que unos a otros se devoran sobre un mezquino átomo de cieno; imágen verdadera que acallaba al parecer sus cuitas, retratándole la nada de su ser y de

Babilonia misma. Lanzábase su Enimio en lo infinito, y desprendido de sus sentidos contemplaba el inmutable orden, del universo. Mas quando luego tornando en sí, y entrando dentro de su corazón, pensaba en Astarte, muerta acaso a causa de Øl, todo el universo desaparecía, y no vía mas que a la moribunda Astarte y al malhadado Zadig. Agitado de este flujo y refluxo de sublime filosofía y de acerbo duelo, caminaba hacia las fronteras de Egipto, y ya había llegado su fiel criado al primer pueblo, y le buscaba alojamiento. Pasebase en tanto Zadig por los jardines que ornaban las inmediaciones del lugar, quando a corta distancia del camino real vió una muger llorando, que invocaba cielos y tierra en su auxilio, y un hombre enfurecido en seguimiento suyo. Alcanzábala ya; abrazaba ella sus rodillas, y el hombre la cargaba de golpes y denuestos. Por la saña del Egipcio, y los reiterados perdones que le pedía la dama, coligió que Øl era zeloso y ella infiel; pero habiendo contemplado a la muger, que era una beldad peregrina, y que además se parecía algo a la desventurada Astarte, se sintió movido de compasión en favor de ella, y de horror contra el Egipcio. Socorredme, exclamó la dama a Zadig entre sollozos, y sacadme de poder del mas inhumano de los mortales; libradme la vida. Oyendo estas voces, fué Zadig a interponerse entre ella y este cruel. Entendía algo la lengua egipcia, y le dixo en este idioma: Si teneis humanidad, respetadme que respeteis la flaqueza y la hermosura. ¿Cómo agraviáis un dechado de perfecciones de la naturaleza, postrado a vuestras plantas, sin mas defensa que sus lágrimas? Ha, ha, le dixo el hombre colorico: ¿con que también te la quieres? pues en tí me voy a vengar. Dichas estas razones, dexa a la dama que tenía asida por los cabellos, y cogiendo la lanza va a pasársela por el pecho al extranjero. Este que estaba sosegado paró con facilidad el encuentro de aquel frenético, agarrando la lanza por junto al hierro de que estaba armada. Forcejando uno por retirarla, y otro por quitársela, se hizo pedazos. Saca entonces el Egipcio su espada, a Ermase Zadig con la suya, y se embisten uno y otro. Da aquel mil precipitados golpes; péalos este con maña: y la dama sentada sobre el còsped los mira, y compone su vestido y su tocado. Era el Egipcio mas forzado que su contrario, Zadig era mas mañoso: este peleaba como un hombre que guiaba el brazo por su inteligencia, y aquel como un loco que ciego con los arrebatos de su saña le movía a la aventura. Va Zadig a Øl, le desarma; y quando mas enfurecido el Egipcio se quiere tirar a Øl, le agarra, le aprieta entre sus brazos, le derriba por tierra, y poniéndole la espada al pecho, le quiere dexar la vida. Desatinado el Egipcio saca un puñal, y hiere a Zadig, quando vencedor este le perdonaba; y Zadig indignado le pasa con su espada el corazón. Lanza el Egipcio un horrendo grito, y muere convulso y desesperado, Volvióse entonces Zadig a la dama, y con voz rendida le dixo: Me ha forzado a que le mate; ya estais vengada, y libre del hombre mas furibundo que he visto: ¿què queréis, Señora, que haga? Que mueras, infame, replicó ella, que has quitado la vida a mi amante: ¡oxalá pudiera yo despedazarte el corazón! Por cierto, Señora, respondió Zadig, que era raro sugeto vuestro amante; os aporreaba con todas sus fuerzas, y me quería dar la muerte, porque me habíais suplicado que os socorriese. ¡Pluguiera al cielo, repuso la dama en descompasados gritos, que me estuviera aporreando todavía, que bien me lo teniamercedo, por haberle dado zelos! ¡Pluguiera al cielo, repito, que Øl me aporreara, y que estuvieras también como Øl! Mas pasmado y mas

enojado Zadig que nunca en toda, su vida, le dixo: Bien merecíØrais, puesto que sois linda, que os aporreara yo como Øl hacia, tanta es vuestra locura; pero no me tomarØ ese trabajo. Subióluego en su camello, y se encaminóal pueblo. Pocos pasos habia andado, quando volvióla cara al ruido que metian quatro correos de Babilonia, que Æ carrera tendida venian. Dixo uno de ellos al ver Æ la muger: Esta misma es, que se parece Æ las seæas que nos han dado; y sin curarse del muerto, echÆron mano de la dama. Daba esta gritos Æ Zadig diciendo: Socorredme, generoso extranjero; perdonadme si os he agraviado: socorredme, y soy vuestra hasta el sepulcro. Pero Æ Zadig se le habia pasado la manía de pelear otra vez por favorecerla. Para el tonto, respondiØ que se dexare engañear. Ademas estabaherido, iba perdiendo la sangre, necesitaba de que le diesen socorro; y le asustaba la vista de los quatro Babilonios despachados, segun toda apariencia, por el rey Moabdar. Aguijópues el paso hÆcia el lugar, no pudiendo almar porque venian quatro coricos de Babilonia Æ prender Æ esta Egipcia, pero mas pasmado todavía de la condicion de la tal dama.

CAPITULO X.

La esclavitud.

Entrando en la aldea egipcia, se viócercado de gente que decia Æ gritos: Este es el robador de la hermosa Misuf, y el que acaba de asesinar Æ Cletofis. Seæores, les respondiØ libreme Dios de robar en mi vida Æ vuestra hermosa Misuf, que es antojadiza en demasía; y Æ ese Cletofis no le he asesinado, sino que me he defendido de Øl, porque me queria matar, por haberle rendidamente suplicado que perdonase Æ la hermosa Misuf, Æ quien daba desaforados golpes. Yo soy extranjero, vengo Æ refugiarme en Egipto; y no es presumible que uno que viene Æ pedir vuestro amparo, empiece robando Æ una muger y asesinando Æ un hombre.

Eran en aquel tiempo los Egipcios justos y humanos. Conduxo la gente Æ Zadig Æ la casa de cabildo, donde primero le curÆron la herida, y luego tomÆron separadamente declaracion Æ Øl y Æ su criado para averiguar la verdad, de la qual resultónotorio que no era asesino; pero habiendo derramado la sangre de un hombre, le condenaba la ley Æ ser esclavo. VendiØronse en beneficio del pueblo los dos camellos, y se repartióentre los vecinos todo el oro que traía; Øl mismo fuØ puesto Æ pœblica subhasta en la plaza del mercado, junto con su compaæero de viage, y se rematóla venta en un mercader Ærabe, llamado Setoc; pero como el criado era mas apto para la faena que el amo, fuØ vendido mucho mas caro, porque no habia comparacion entre uno y otro. FuØ pues esclavo Zadig, y subordinado Æ su propio criado: atÆronlos juntos con un grillete, y en este estado siguiØron Æ su casa al mercader Ærabe. En el camino consolaba Zadig Æ su criado exhortÆndole Æ tener paciencia, y haciendo, segœn acostumbraba, reflexiones sobre las humanas vicisitudes. Bien veo que la fatalidad de mi estrella se

ha comunicado a la tuya. Hasta ahora todas mis cosas han tomado raro giro: me han condenado a una multa por haber visto pasar una perra; ha estado en poco que me empalaran por un grifo; he sido condenado a muerte por haber compuesto unos versos en alabanza del rey; me he huido a uæa de caballo de la horca, porque gastaba la reyna cintas amarillas; y ahora soy esclavo contigo, porque un zafio ha aporreado a su dama. Vamos, no perdamos a Enimo, que acaso todo esto tendrÆ fin: fuerza es que los mercaderes a Erabes tengan esclavos; ¿y por quØ no lo he de ser yo lo mismo que otro, siendo hombre lo mismo que otro? No ha de ser ningun inhumano este mercader; y si quiere sacar fruto de las faenas de sus esclavos, menester es que los trate bien. Así decia, y en lo interior de su corazon no pensaba mas que en el destino de la reyna de Babilonia.

Dos dias despues se partiØ el mercader Setoc con sus esclavos y sus camellos a la Arabia desierta. Residia su tribu en el desierto de Oreb, y era arduo y largo el camino. Durante la marcha hacia Setoc mucho mas aprecio del criado que del amo, y le daba mucho mejor trato porque sabia cargar mas bien los camellos.

Dos jornadas de Oreb muriØ un camello, y la carga se repartiØ sobre los hombros de los esclavos, cabiØndole su parte a Zadig. EchØse a reir Setoc, al ver que todos iban encorvados; y se tomØ Zadig la libertad de explicarle la razon, enseændole las leyes del equilibrio. Pasmado el mercader le empozØ a tratar con mas miramiento; y viendo Zadig que habia despertado su curiosidad, se la aumentØ instruyØndole de varias cosas que no eran ajenas de su comercio; de la gravedad específica de los metales y otras materias en igual volømen, de las propiedades de muchos animales øtiles, y de los medios de sacar fruto de los que no lo eran: por fin, le pareciØ un sabio, y en adelante le apreciØ mas que a su camarada que tanto habia estimado, le diØ buen trato, y le saliØ bien la cuenta.

Así que llegØ Setoc a su tribu, reclamØ de un hebreo quinientas onzas de plata que le habia prestado a presencia de dos testigos; pero habian muerto a Embos, y el hebreo que no podia ser convencido, se guardaba la plata del mercader, dando gracias a Dios porque le habia proporcionado modo de engañar a un a Erabe. ComunicØ Setoc el negocio con Zadig de quien habia hecho su consejero. ¿QuØ condicion tiene vuestro deudor? le dixo Zadig. La condicion de un bribon, replicØ Setoc. Lo que yo pregunto es si es vivo ó flemÆtico, imprudente ó discreto. De quantos malos pagadores conozco, dixo Setoc, es el mas vivo. EstÆ bien, repuso Zadig, permitidme que abogue yo en vuestra demanda ante el juez. Con efecto citØ al tribunal al hebreo, y habló al juez en estos tØrminos: Almohada del trono de equidad, yo soy venido para reclamar, en nombre de mi amo, quinientas onzas de plata que prestØ este hombre, y que no le quiere pagar. ¿Teneis testigos? dixo el juez. No, porque se han muerto; mas queda una ancha piedra sobre la qual se contó el dinero; y si gusta vuestra grandeza mandar que vayan a buscar la piedra, espero que ella darÆ testimonio de la verdad. Aquí nos quedarØmos el hebreo y yo, hasta que llegue la piedra, que enviarØ a buscar a costa de mi amo Setoc. Me place, dixo el juez; y paso a despachar otros asuntos.

Al fin de la audiencia dixo Æ Zadig: ¿Con que no ha llegado esa piedra todavía? Respondióel hebreo soltando la risa: Aquí se estaria vuestra grandeza hasta mañana, esperando la piedra, porque estÆ mas de seis millas de aquí, y son necesarios quince hombres para menearla. Bueno estÆ, exclamóZadig, ¿no habia dicho yo que la piedra daria testimonio? una vez que sabe ese hombre donde estÆ, confiesa que se contóel dinero sobre ella. Confuso el hebreo se vióprecisado Æ declarar la verdad, y el juez mandóque le pusiesen atado Æ la piedra, sin comer ni beber, hasta que restituyese las quinientas onzas de plata que pagóal instante; yel esclavo Zadig y la piedra se grangeÆron mucha reputacion en toda la Arabia.

CAPITULO XI.

La hoguera.

Embelesado Setoc hizo de sti esclavo su mas íntimo amigo, y no podia vivir sin Øl, como habia sucedido al rey de Babilonia: fuØ la fortuna de Zadig que Setoc no era casado. Descubrióeste en su amo excelente índole, mucha rectitud y una sana razon, y sentia ver que adorase el exØrcito celestial, quiero decir el sol, la luna y las estrellas, como era costumbre antigua en la Arabia; y le hablaba Æ veces de este culto, aunque con mucha reserva. Un dia por fin le dixo que eran unos cuerpos como los demas, y no mas acreedores Æ su veneracion que un Ærbol óun peæasco. Sí tal, replicóSetoc, que son seres eternos que nos hacen mil bienes, animan la naturaleza, arreglan las estaciones; aparte de que distan tanto de nosotros que no es posible mØnos de reverenciarlos. Mas provecho sacais, respondióZadig, de las ondas del mar Roxo, que conduce vuestros gØneros Æ la India: ¿y por quØ no ha de ser tan antiguo como las estrellas? Si adorais lo que dista de vos, tambien habeis de adorar la tierra de los Gangaridas, que estÆ al cabo del mundo. No, decia Setoc; mas el brillo de las estrellas es tanto, que es menester adorarlas. Aquella noche encendióZadig muchas hachas en la tienda donde cenaba con Setoc; y luego que se presentósu amo, se hincóde rodillas ante los cirios que ardian, diciØndoles: Eternas y brillantes lumbreras, sedme propicias. Pronunciadas estas palabras, se sentóÆ la mesa sin mirar Æ Setoc. ¿QuØ haceis? le dixo este admirado. Lo que vos, respondióZadig; adoro esas luces, y no hago caso de su amo y mio. Setoc entendiólo profundo del apódogo, albergó en su alma la sabiduria de su esclavo, dexóde tributar homenaje Æ las criaturas, y adoróel Ser eterno que las ha formado.

Reynaba entónces en la Arabia un horroroso estilo, cuyo origen venia de la Escitia, y establecido luego en las Indias Æ influxo de los bracmanes, amenazaba todo el Oriente. Quando moria un casado, y queria ser santa su cara esposa, se quemaba pœblicamente sobre el cadÆver de su marido, en una solemne fiesta, que llamaban la hoguera de la viudez; y la tribu mas estimada era aquella en que mas mugeres se

quemaban. Murió un árabe de la tribu de Setoc, y la viuda, por nombre Almona, persona muy devota, anunció el día y la hora que se había de tirar al fuego, al son de atambores y trompetas. Representó Zadíg a Setoc cuando opuesto era tan horrible estilo al bien del humano linaje; que cada día dexaban quemar a viudas mozas que podían dar hijos al estado, ó criar a los niños que tenían; y convino Setoc en que era preciso hacer cuanto para abolir tan inhumano estilo fuese posible. Pero añadió luego: Mas de mil años ha que están las mugeres en posesión de quemarse vivas. ¿Quién se ha de atrever a mudar una ley consagrada por el tiempo? ¿ni qué cosa hay más respetable que un abuso antiguo? Mas antigua es todavía la razón, replicó Zadíg; hablad vos con los caudillos de las tribus, mientras yo voy a verme con la viuda moza.

Presentóse a ella; y después de hacerse buen lugar encareciendo su hermosura, y de haberle dicho cuando lastimosa cosa era que tantas perfecciones fuesen pasto de las llamas, también expresó su constancia y su esfuerzo. ¿Tanto queráis a vuestro marido? le dijo. ¿Quererle? no por cierto, respondió la dama árabe: si era un zafio, un zeloso, hombre inaguantable; pero tengo hecho propósito firme de tirarme a su hoguera. Sin duda, dijo Zadíg, que debe ser un gusto exquisito esto de quemarse viva. Ha, la naturaleza se estremece, dijo la dama, pero no tiene remedio. Soy devota, y perdería la reputación que por tal he grangeado, y todos se reirían de mí si no me quemara. Habiéndola hecho confesar Zadíg que se quemaba por el que dirá en y por mera vanidad, conversó largo rato con ella, de modo que le inspiró algún apego a la vida, y cierta buena voluntad a quien con ella razonaba, ¿Qué hicierais, le dijo en fin, si no estuviérais poseída de la vanidad de quemaros? Ha, dijo la dama, creo que os brindaría con mi mano. Lleno Zadíg de la idea de Astarte, no respondió a esta declaración, pero fué al punto a ver a los caudillos de las tribus, y les contó lo sucedido, aconsejándoles que promulgaran una ley por la qual no sería permitido a ninguna viuda quemarse antes de haber hablado a solas con un mancebo por espacio de una hora entera; y desde entonces ninguna dama se quemó en toda Arabia, debiéndose así a Zadíg la obligación de ver abolido en solo un día un estilo tan cruel, que reynaba tantos siglos había: por donde merece ser nombrado el bienhechor de la Arabia.

CAPITULO XII.

La cena.

No pudiendo Setoc apartarse de este hombre en quien residía la sabiduría, le llevó consigo a la gran feria de Basora, donde se juntaban los principales traficantes del globo habitable. Zadíg se alegró mucho viendo en un mismo sitio juntos tantos hombres de tan varios países, y le pareció que era el universo una vasta familia que se hallaba reunida en Basora. Comió el segundo día a la misma mesa con un Egipcio, un Indio gangarida, un morador del Catay, un Griego, un

Celta, y otra muchedumbre de extranjeros, que en sus viajes frecuentes al seno ArÆbigo habian aprendido el suficiente Ærabe para darse Æ entender. El Egipcio no cabia en sí de enojo. ¡QuØ abominable pais es Basora! mil onzas de oro no me han querido dar sobre la alhaja mas preciosa del mundo. ¿Cómo así? dixo Setoc; ¿sobre quØ alhaja? Sobre el cuerpo de mi tia, respondiØel Egipcio, la mas honrada muger de Egipto, que siempre me acompaæaba, y se ha muerto en el camino; he hecho de ella una de las mas hermosas mónias que pueden verse, y en mi tierra encontraria todo quanto dinero pidiese sobre esta prenda. Buena cosa es que no me quieran dar siquiera mil onzas de oro, empeæando un efecto de tanto precio. Lleno de furor todavía iba Æ comerse la pechuga de un excelente pollo guisado, quando cogiØndole el Indio de la mano, le dixo en tono compungido: Ha ¿quØ vais Æ hacer? A comer de ese pollo, le respondiØel hombre de la mónia. No hagÆis tal, replicó el Gangarida, que pudiera ser que hubiese pasado el alma de la difunta al cuerpo de este pollo, y no os habeis de aventurar Æ comeros Æ vuestra tia. Guisar los pollos es un agravio manifiesto contra la naturaleza. ¿QuØ nos traeis aquí con vuestra naturaleza, y vuestros pollos? repuso el iracundo Egipcio: nosotros adoramos un buey, y comemos vaca. ¡Un buey adorais! ¿es posible? dixo el hombre del Ganges. ¿Y cómo si es posible? continuØel otro: ciento treinta y cinco mil aæos ha que así lo hacemos, y nadie entre nosotros lo lleva Æ mal. Ha, en eso de ciento treinta y cinco mil, dixo el Indio, hay su poco de ponderacion, porque no ha mas de ochenta mil que estÆ poblada la India, y nosotros somos los mas antiguos; y Brama nos habia prohibido que nos comiØramos Æ los bueyes, Æntes que vosotros los pusiØrais en los altares y en las parrillas. Valiente animal es vuestro Brama comparado con Apis, dixo el Egipcio; ¿quØ cosas tan portentosas ha hecho ese Brama? El bracman le replicó ha enseæado Æ los hombres Æ leer y escribir, y la tierra le debe el juego de axedrez. Estais equivocado, dixo un Caldeo que Æ su lado estaba; el pez Oanes es el autor de tan seæalados beneficios, y Æ Øl solo se le debe de justicia tributar homenaje. Todo el mundo sabe que era un ser divino, que tenia la cola de oro, y una cabeza humana muy hermosa, y salia del mar para predicar en la tierra tres horas al dia. Tuvo muchos hijos, que todos fuØron reyes, como es notorio. En mi casa tengo su imÆgen, y la adoro como es debido. Lícito es comer vaca hasta no querer mas, pero es accion impía sobre manera guisar pescado. Dexando esto aparte, Æmbos sois de origen muy bastarda y reciente, y no podeis disputar conmigo. La nacion egipcia no pasa de ciento treinta y cinco mil aæos, y los Indios no se dan arriba de ochenta mil, miØntras que conservamos nosotros calendarios de quatro mil siglos. Creedme, y dexaos de desatinos, y os darØ Æ cada uno una efigia muy hermosa de Oanes. Tomando entónces la palabra el hombre de Cambalu, dixo: Mucho respeto Æ los Egipcios, Æ los Caldeos, Æ los Griegos, Æ los Celtas, Æ Brama, al buey Apis, y al hermoso pez Oanes; pero el Li óel Tien, como le quieran llamar [P. D.: Voces chinas, que quieren decir Li, la luz natural, la razon; y Tien, el cielo; y tambien significan Æ Dios.], no valen mØnos acaso que los bueyes y los peces. No mentarØ mi pais, que es tamaæo como el Egipto, la Caldea y las Indias juntas, ni disputare acerca de su antigüedad, porque lo que importa es ser feliz, y sirve de poco ser antiguo; pero si se trata de almanaques, dirØ que en toda el Asia corren los nuestros, y que los

poseíamos aventajados, Antes que supieran los Caldeos la arismética.

Todos sois unos ignorantes, todos sin excepcion, exclamó el Griego. ¿Pues qué, no sabéis que el padre de todo es el caos, y que el estado en que vemos el mundo es obra de la forma y la materia? Habló el tal Griego largo rato, hasta que le interrumpió el Celta, el qual había bebido mientras que altercaban los demás, y que creyéndose entonces más instruido que todos, dixo echando por vidas, que solo Teutates y las agallas de roble merecian mentarse; que él llevaba siempre agallas en el bolsillo; que sus ascendientes los Escitas eran los cénicos sujetos honrados que había habido en el universo, puesto que de verdad comían a veces carne humana, pero que eso no quitaba que fuesen una nación muy respetable; por fin, que si alguien decía mal de Teutates, él le enseñaría a no ser mal hablado. Encendióse entonces la contienda, y vio Setoc la hora en que se iba a ensangrentar la mesa. Zadig, que no había desplegado los labios durante la altercacion, se levantó y dirigiéndose primero al Celta, que era el más furioso, le dixo que tenía mucha razón, y le pidió agallas; alabó luego la elocuencia del Griego, y calmó todos los ánimos irritados. Poco dixo al del Catay, que había hablado con más juicio que los demás; y al cabo se explicó así: Amigos míos, ibais a enojaros sin motivo, porque todos sois del mismo dictamen. Todos se alborotaron al oír tal. ¿No es verdad, dixo al Celta, que no adoráis esta agalla, mas sí al que crió el roble y las agallas? Así es la verdad, respondió el Celta. Y vos, Señor Egipcio, de presumir es que en un buey tributais homenaje al que os ha dado los bueyes. Eso es, dixo el Egipcio. El pez Oanes, continuó le debe ceder a aquel que formó la mar y los peces. Estamos conformes, dixo el Caldeo. El Indio y el Catay os reconocen igualmente que vosotros, añadió un principio primitivo. No he entendido muy bien las maravillosas lindezas que ha dicho el Griego, pero estoy cierto de que también admite un ser superior del qual depende la forma y la materia. El Griego, que se vía celebrado, dixo que Zadig había comprendido perfectamente su idea. Con que todos estais conformes, repuso Zadig, y no hay motivo de contienda. Abrazó de todo el mundo; y Setoc, después de haber vendido muy caros sus géneros, se volvió con su amigo Zadig a su tribu. Así que llegó supo Zadig que se le había formado causa en su ausencia, y que le iban a quemar vivo.

CAPITULO XIII.

Las citas.

Mientras este viaje a Basora, concertaron los sacerdotes de las estrellas el castigo de Zadig. Perteneíanles por derecho divino las piedras preciosas y demás joyas de las viudas mozas que morían en la hoguera; y lo más que podían hacer con Zadig era quemarle por el flaco servicio que les había hecho. Acusaronle por tanto de que llevaba opiniones erróneas acerca del exército celestial, y declararon con juramento solemne que le habían oído decir que las estrellas no se

ponían en la mar. Estremeciéronse los jueces de tan horrenda blasfemia; poco faltó para que rasgaran sus vestiduras al oír palabras tan impías, y las hubieran rasgado sin duda, si hubiera tenido Zadig con que pagarlas; mas se moderáron en la violencia de su dolor, y se ciéron a condenar al reo a ser quemado vivo. Desesperado Setoc usó todo su crédito para librar a su amigo, pero en breve le impusieron silencio. Almona, la viuda moza que había cobrado mucha afición a la vida, y se la debía a Zadig, se resolvió a sacarle de la hoguera, que como tan abusiva se la había presentado; y formando su plan en su cabeza, no dió parte de él a nadie. Al otro día iba a ser ajusticiado Zadig: solamente aquella noche le quedaba para libertarle, y la aprovechó como mujer caritativa y discreta.

Sahumóse, atildóse, aumentó el lucimiento de su hermosura con el más bizarro y pomposo traje, y pidió audiencia secreta al sumo sacerdote de las estrellas. Así que se halló en presencia de este venerable anciano, le habló de esta manera: Hijo primogénito de la Osa mayor, hermano del toro, primo del can celeste (que tales eran los dictados de este pontífice), os vengo a fiar mis escrupulos. Mucho temo haber cometido un gravísimo pecado no quemándome en la hoguera de mi amado marido. Y en efecto, ¿qué es lo que he conservado? una carne perecedera, y ya marchita. Al decir esto, sacó de unos luengos mitones de seda unos brazos de maravillosa forma, y de la blancura del más puro alabastro. Ya veis, dixo, qué poco vale todo esto. Al pontífice se le figuró que esto valía mucho: aseguróle sus ojos, y lo confirmó su lengua, haciendo mil juramentos de que no había en toda su vida visto tan hermosos brazos. ¡Ay! dixo la viuda, acaso los brazos no son tan malos; pero confesad que el pecho no merece ser mirado. Diciendo esto, desabrochó el más lindo seno que pudo formar naturaleza; un capullo de rosa sobre una bola de marfil parecía junto a él un poco de rubia que colora un palo de box, y la lana de los albos corderos que salen de la alberca era amarilla a su lado. Este pecho, dos ojos negros rasgados que suaves y muelles de amoroso fuego brillaban, las mejillas animadas en púrpura con la más cándida leche mezclada, una nariz que no se semejaba a la torre del monte Líbano, sus labios que así se parecían como dos hilos de coral que las más bellas perlas de la mar de Arabia ensartaban; todo este conjunto en fin persuadió al viejo a que se había vuelto a sus veinte años. Tartamudo declaró su amor; y viéndole Almona inflamado, le pidió el perdón de Zadig. ¡Ay! respondió él, hermosa dama, con toda mi vida si se le concediera, mas para nada valdría mi indulgencia, porque es menester que firmen otros tres de mis colegas. Firmad vos una por una, dixo Almona, con mucho gusto, respondió el sacerdote, con la condición de que sean vuestros favores premio de mi condescendencia. Mucho me honrais, replicó Almona; pero tomad el trabajo de venir a mi cuarto después de puesto el sol, cuando raye sobre el horizonte la luciente estrella de Scheat; en un sofá color de rosa me hallaréis, y haréis con vuestra sierva lo que fuere de vuestro agrado. Salí sin tardanza con la firma, dexando al viejo no menos que enamorado desronfiéndose de sus fuerzas; el qual lo restante del día lo gastó en bañarse, y bebió un licor compuesto con canela de Ceylan y con preciosas especias de Tidor y Tornate, aguardando con ansia que saliese la estrella de Scheat.

En tanto la hermosa Almona fuØ Æ ver al segundo pontífice, que le dixo que comparados con sos ojos eran fuegos fatuos el sol, la luna, y todos los astros del firmamento. Solicitóella la misma gracia, y Øl le propuso el mismo premio. Dexóse vencer Almona, y citóal segundo pontífice para quando nace la estrella Algenib. FuØ de allí Æ casa del tercero y quarto sacerdote, llevÆndose de cada uno su firma, y citÆndolos de estrella Æ estrella. Avisóentónces Æ los jueces que vinieran Æ su casa para un asunto de la mayor gravedad. FuØron en efecto, y ella les enseæólas quatro firmas, y les dióparte del precio Æ que habian vendido los sacerdotes el perdon de Zadig. Llegó cada uno Æ la hora seæalada, y quedópasmado de encontrarse con sus colegas, y todavía mas con los jueces que fuØron testigos de su ignominia. FuØ puesto en libertad Zadig, y Setoc tan prendado de la maæa de Almona, que la tomópor su muger propia.

CAPITULO XIV.

El bayle.

Tenia que ir Setoc para negocios de su trÆfico Æ la isla de Serendib; pero el primer mes de casados, que, como ya llevamos dicho, es la luna de miel, no le dexóni separarse de su muger, ni aun presumir que podria separarse un dia de ella. Rogópor tanto Æ su amigo Zadig que hiciera por el este viage. ¡Ay! decia Zadig: ¿con que aun he de poner mas tierra entre la hermosa Astarte y yo? Pero es fuerza que sirva Æ mis bienhechores. Así dixo, lloró y se partió

A poco tiempo de haber aportado Æ la isla de Serendib, era tenido por hombre muy superior. EscogiØronle los negociantes por su Ærbitro, los sabios por su amigo, y el corto nœmero de aquellos que piden consejo por su consejero. Quiso el rey verle y oirle, y conocién breve quanto valia Zadig; se fióde su discrecion, y le hizo amigo suyo. Temblaba Zadig de la llaneza y la estimacion con que le trataba el rey, pensando de noche y de dia en las desventuras que le habia acarreado la amistad de Moabdar. El rey me quiere, decia; ¿serØ un hombre perdido? Con todo no se podia zafar de los halagos de su magestad, porque debemos confesar que era uno de los mas cumplidos príncipes del Asia Nabuzan, rey de Serendib, hijo de Nuzanah, hijo de Nabuzan, hijo de Sambusna; y era difícil que Æ quien le trataba, de cerca no le prendase.

Sin cesar elogiaban, engaæaban y robaban Æ este buen príncipe; y cada qual metia la mano como Æ porfía en el erario. El principal ministro de hacienda de la isla de Serendib daba este precioso exemplo, y todos los subalternos le imitaban con fervor. El rey, que lo sabia, habia mudado varias veces de ministro, pero nunca habia podido mudar el estilo admitido de dividir las rentas reales en dos partes desiguales; la mas pequeæa para su magestad, y la mayor para sus administradores.

Fióel buen rey Nabuzan su cuita del sabio Zadig. Vos que tantas cosas sabeis, le dixo, ¿no sabríais modo para que tope yo con un tesorero que no me robe? Sí por cierto, respondióZadig; un modo infalible sØ de buscaros uno que tenga las manos limpias. Contentísimo el rey le preguntó dÆEndole un abrazo, como haria. No hay mas, replicóZadig, que hacer baylar Æ quantos pretenden la dignidad de tesorero; y el que con mas ligereza baylare, serÆ infaliblemente el mas hombre de bien. Os estais burlando, dixo el rey: ¡donoso modo por cierto de elegir un ministro de hacienda! ¿Con que el que mas listo fuere para dar cabriolas en el ayre ha de ser el mas integro y mas hÆbil administrador? No digo yo que haya de ser el mas hÆbil, replicóZadig, pero lo que sí aseguro es que indubitavelmente ha de ser el mas honrado. Tanta era la confianza con que lo decia Zadig, que se persuadióel rey Æ que poseía algun secreto sobrenatural para conocer Æ los administradores. Yo no gusto de cosas sobrenaturales, dixo Zadig, ni he podido nunca llevar en paciencia ni los hombres que hacen milagros, ni los libros que los mentan: y si quiere vuestra magestad permitir que haga la prueba, quedarÆ convencido de que mi secreto es tan fÆcil como sencillo. Mas se pasmóNabuzan, rey de Serendib, al oir que era sencillo el secreto, que si le hubiera dicho que era milagroso. EstÆ bien, le dixo, haced lo que os parezca. Dexadlo estar, que ganarØis con esta prueba mas de lo que pensais. Aquel mismo dia mandópregonar en nombre del rey, que todos quantos aspiraban al empleo de principal ministro de las rentas de su sacra magestad Nabuzan, hijo de Nuzanab, viniesen con vestidos ligeros de seda Æ la antecÆmara del rey, el primer dia de la luna del crocodílo. AcudiØron en nœmero de sesenta y quatro. Estaban los mœsicos en una sala inmediata, y dispuesto todo para un bayle; pero estaba cerrada la puerta de la sala, y para entrar en ella habia que atravesar una galería bastante obscura. Vino un uxier Æ conducir uno tras de otro Æ cada candidato por este pasadizo, donde le dexaba solo algunos minutos. El rey que estaba avisado, habia hecho poner todos sus tesoros en la galería. Quando llegÆron los pretendientes Æ la sala, mandósu magestad que baylaran, y nunca se habian visto baylarines mas topos ni con mØnos desenvoltura; todos andaban la cabeza baxa, las espaldas corvas, y las manos pegadas al cuerpo. ¡QuØ bribones! decia en voz baxa Zadig. Uno solo hacia con agilidad las mudanzas, levantada la cabeza, sereno el mirar, derecho el cuerpo, y firmes las rodillas. ¡QuØ hombre tan de bien, quØ honrado sugeto! dixo Zadig. Dióel rey un abrazo Æ este buen baylarin, y le nombrósu tesorero: todos los demas fuØron justamente castigados y multados, porque miØntras que habian estado en la galería, habia llenado cada uno sus bolsillos, y apØnas podia dar paso. Compadecióse el rey de la humana naturaleza, contemplando que de sesenta y quatro baylarines los sesenta y tres eran ladrones rateros, y se dióÆ la galería obscura el título de corredor de la tentacion. En Persia hubieran empalado Æ los sesenta y tres magnates; en otros paises, hubieran nombrado un juzgado, que hubiera consumido en costas el triplo del dinero robado, y no hubiera puesto un maravedí en las arcas reales; en otros, se hubieran justificado plenamente, y hubiera caido de la gracia el Ægil baylirin: en Serendib fuØron condenados Æ aumentar el fisco, porque era Nabuzan muy elemento.

No era menos agradecido, y dióÆ Zadig una suma mas quantiosa que nunca habia robado tesoro ninguno al rey su amo. Valióse de este dinero Zadig para enviar Æ Babilonia expresos que le informaran de la suerte de Astarte. Al dar esta orden le temblóla voz, se le agolpóla sangre hÆcia el corazon, se cubriØron de un tenebroso velo sus ojos, y se paróÆ punto de muerte. Partiése el correo, vide embarcar Zadig, y se volvióÆ palacio, donde sin ver Æ nadie, y creyendo que estaba en su aposento, pronuncióel nombre de amor. Si, el amor, dixo el rey; de eso justamente se trata, y habeis adivinado la causa de mi pena. ¡QuØ grande hombre sois! Espero que me enseñeis Æ conocer una muger firme, como me habeis hecho hallar un tesoro desinteresado. Volviendo en sí Zadig le prometióservirle en su amor como habia hecho en real hacienda, aunque parecia la empresa mas ardua todavia.

CAPITULO XV.

Los ojos azules.

Mi cuerpo y mi corazon, dixo el rey Æ Zadig... Oyendo estas palabras no pudo menos el Babilonio de interrumpir Æ su magestad, y de decirle: ¡Quanto celebro que no hayÆis dicho mi alma y mi corazon, porque no oimos mas voces que estas en las conversaciones de Babilonia, ni leemos libros que no traten del corazon y el alma, escritos por autores que ni uno ni otra tienen; pero perdonadme, Señor, y proseguid. Nabuzan continuó Mi cuerpo y mi corazon son propensos al amor; Æ la primera de estas dos potencias le sobran satisfacciones, que tengo cien mugeres Æ mi disposicion, hermosas todas, complacientes, obsequiosas, y voluptuosas, ófingiendo que lo son conmigo. No es empero mi corazon tan afortunado, porque tengo sobrada experiencia de que el halagado es el rey de Serendib, y que hacen poquisimo aprecio de Nabuzan. No por eso digo que sean infieles mis mugeres, puesto que quisiera encontrar una que me quisiera por mí propio, y diera por ella las cien beldades que poseo. Decidme si en mis cien sultanas hay una que de veras me quiera.

Respondió Zadig lo mismo que acerca del ministro de hacienda. Señor, dexadlo Æ mi cargo; pero permitidme primero que disponga de todas las riquezas que se expusieron en la galería de la tentacion, y no dudeis de que os darØ buena cuenta de ellas, y no perderØis un ardite. Díde el rey amplias facultades, y escogióZadig treinta y tres jorobados de los mas feos de Serendib, treinta y tres pages de los mas lindos, y treinta y tres de los mas eloqüentes y forzudos bonzos. Dexóes Æ todos facultad de introducirse en los retretes de las sultanas; dióÆ cada jorobado quatro mil monedas de oro que regalar, y el primer dia fuØron todos felices. Los pages que no tenian otra dÆdiva que hacer que la de su persona, tardÆron dos ótres dias en conseguir lo que solicitaban; y tuviØron mas dificultad en salir non la suya los bonzos; pero al cabo se les rindiØron treinta y tres devotas.

Presenció el rey todas estas pruebas por unas celosías que daban en los aposentos de las sultanas, y se quedó atónito, que de sus cien mugeres las noventa y nueve se rindiéron a su presencia. Quedaba una muy jóven y muy novicia, a la qual nunca habia tocado su magestad: arrimáronse a ella uno, dos y tres jorobados, ofreciéndole hasta veinte mil monedas; pero se mantuvo incorruptible, riéndose de la idea de los jorobados que creían que su dinero los hacia mas bonitos. Presentáronse los dos mas lindos pages, y les dixo que le parecia el rey mas lindo. Acometida luego el bonzo mas eloqüente, y despues el mas intrópido: al primero le trató de parlanchin, y no pudo entender qual fuese el mérito del segundo. Todo se cifra en el corazon, dixo: yo no he de ceder ni al oro de un jorobado, ni a la hermosura de un page, ni a las artes de un bonzo; ni he de querer a nadie mas que a Nabuzan; hijo de Nuzanab, esperando que él me corresponda. Quedó el rey embargado en júbilo, caríæo y admiracion. Volvió a tomar todo el dinero con que habian comprado los jorobados su buena ventura, y se le regaló la hermosa Falida, que así se llamaba esta beldad. Dió con él su corazon, que merecia de sobra, porque nunca se vio juventud mas brillante y mas florida que la suya, nunca hermosura que mas digna de prender fuese. Verdad es que no calla la historia que hacia mal una cortesía; pero confiesa que baylaba como las hadas, cantaba como las sirenas, y hablaba como las Gracias, y estaba colmada de habilidades y virtud.

Adorábala el amado Nabuzan; pero tenia Falida ojos azules, lo qual causó las mas funestas desgracias. Estaba prohibido por una antigua ley de Serendib, que se enamoraran de una de las mugeres que llamáron luego los Griegos BOOPES; y hacia mas de cinco mil años que habia promulgado esta ley el sumo bonzo, por apropiarse para sí la dama del primer rey de la isla de Serendib; de suerte que el anatema de los ojos azules se habia hecho ley fundamental del estado. Todas las clases del estado hicieron enérgicas representaciones a Nabuzan; y públicamente se decia que era llegada la fatal catástrofe del reyno, que estaba colmada la medida de la abominacion, que un siniestro suceso amenazaba la naturaleza; en una palabra, que Nabuzan, hijo de Nuzanab, estaba enamorado de dos ojos azules rasgados. Los jorobados, los bonzos, los asentistas, y las ojinegras inficionáron de malcontentos el reyno entero.

El descontento universal animó a los pueblos salvages que viven al norte de Serendib a invadir los estados del buen Nabuzan. Pidió subsidios a sus vasallos, y los bonzos que eran dueños de la mitad de las rentas del estado, se contentáron con levantar las manos al cielo, y se negáron a llevar su dinero al erario para sacar de ahogo al rey. Cantáron lindas oraciones en música, y dexáron que los bárbaros asolaran el estado.

Querido Zadig, ¿me sacarás de este horrible apuro? le dixo en lastimoso tono Nabuzan. Con mucho gusto, respondió Zadig; los bonzos os darán en quanto dinero querais. Abandonad las tierras donde tienen levantados sus palacios, y no defendais mas que las vuestras. Hízolo así Nabuzan; y quando viniéron los bonzos a echarse a sus plantas, implorando su asistencia, les respondió el rey con una soberbia música

cuya letra eran oraciones al cielo, rogando por la conservacion de sus tierras. Entónces los bonzos diØron dinero, y se concluyó con felicidad la guerra. De esta suerte por sus prudentes y dichosos consejos, y por los mas seæalados servicios, se habia acarreado Zadig la irreconciliable enemiga de los mas poderosos del estado: jurÆron su pØrdida los bonzos y las oji-negras, desacreditÆronle jorobados y asentistas, y le hiciØron sospechoso al buen Nabuzan. Los servicios que el hombre hace se quedan en la antesala, y las sospechas penetran al gabinete, segun dice Zoroastro. Todos los dias eran acusaciones nuevas; la primera se repele, la segunda hace mella, la tercera hiere, y la quarta mata.

Asustado Zadig, que habia puesto en auge los asuntos de su amigo, y enviÆdole su dinero, no pensómas que en partirse de la isla, y en ir Æ saber en persona noticias de Astarte; porque si permanezco en Serendib, decia, me harÆn empalar los bonzos. ¿Pero adonde irØ? en Egipto serØ esclavo, en Arabia segun las apariencias quemado, y ahorcado en Babilonia. Con todo menester es saber quØ ha sido de Astarte: partÆmonos, y apuremos lo que me destina mi suerte fatal.

CAPITULO XVI.

El bandolero.

Al llegar Æ las fronteras que separan la Arabia petrea de la Syria, y al pasar por junto Æ un fuerte castillo, saliØron de Øl unos Arabes armados. Víése rodeado de hombres que le gritaban: Ríndete; todo quanto traes es nuestro, y tu persona pertenece Æ nuestro amo. En respuesta sacóZadig la espada; lo mismo hizo su criado que era valiente, y dexÆron sin vida Æ los primeros Arabes que los habian embestido: doblóel nœmero de enemigos, mas ellos no se desalentÆron, y se resolviØron Æ morir en la pelea. Víanse dos hombres que se defendian contra una muchedumbre; tan desigual contienda poco podia durar. Viendo desde una ventana el dueæo del castillo, que se llamaba Arbogad, los portentos de valor que hacia Zadig, le cobróestimacion. Baxópor tanto, y vino en persona Æ contener Æ los sujetos, y librar Æ los dos caminantes. Quanto por mis tierras pasa es mio, dixo, no mØnos que lo que en tierras ajenas encuentro; pero me pareceis tan valeroso, que os exîmo de la comun ley. Hízole entrar en el castillo, mandando Æ su tropa que le tratase bien; y aquella noche quiso cenar con Zadig.

Era el amo de este castillo uno de aquellos Arabes que llaman ladrones, el qual entre mil atrocidades solia hacer alguna accion buena; robaba con una furiosa rapacidad, y daba con prodigalidad: intrØpido en una accion, de buen genio en el trato de la vida, bebedor en la mesa, de buen humor quando habia bebido, y sobretudo sin solapa ninguna. Gustóe mucho Zadig, y con la conversacion que se animóduró mucho el banquete. Díxole en fin Arbogad: Aconsejoos que tomeis partido conmigo, no podeis hacer cosa mejor; no es tan malo el oficio,

y un día podeis llegar Æ ser lo que yo soy. ¿Se puede saber, respondió ZÆdig, desde quando exercitais tan hidalga profesion? Desde niæo, replicóel seæor. Era criado de un Arabe muy hÆbil, y no podia acostumbrarme Æ mi estado, desesperado de ver que perteneciendo igualmente la tierra Æ todos, no me hubiera cabido Æ mí la porcion correspondiente. FiØle mi pena Æ un Arabe viejo, el qual me dixo: Hijo mio, no te desesperes; sÆbete que en tiempos antiguos habia un grano de arena que se dolia de ser un Ætomo desconocido en un desierto; andando aæos, se convirtióen diamante, y es hoy el mas precioso joyel de la corona del rey de las Indias. Díme tanto golpe esta respuesta, que siendo grano de arena me determinØ Æ volverme diamante. RobØ primero dos caballos, me juntØ con otros compaæeros, pæseme en breve en estado de robar caravanas poco crecidas; y así fuØ disminuyØndose la desproporcion que de mi Æ los demÆs habia. ParticipØ de los bienes de este mundo, v me resarcí con usura: tuviØronme en mucho, lleguØ Æ ser seæor bandolero, y ganØ este castillo tomÆndole por fuerza. Quiso quitÆrmele el sÆtrapa de Syria, pero era ya tan rico que nada tenia que temer: dí dinero al sÆtrapa, y conservØ así el castillo, y agrandØ mis tierras, aæadiendo Æ ellas el cargo que me confirióel sÆtrapa de tesorero de los tributos que pagaba la Arabia petrea al rey de reyes. Yo hice las cobranzas, y me exímØ de hacer pagos.

Envióaquí el gran Desterham de Babilonia, en nombre del rey Moabdar, Æ un satrapilla para mandarme ahorcar. Quando Øl llegócon la órden, estaba yo informado de todo; hice ahorcar en su presencia las quatro personas que traía consigo para apretarme el lazo al cuello, y le preguntØ luego quanto le podia valer la comision de ahorcarme. Respondióme que podria su gratificacion subir Æ trecientas monedas de oro, y yo le hice ver con evidencia que ganaria mas conmigo: le creØ bandolero inferior, y hoy es uno de los mejores y mas ricos oficiales que tengo; y si me quereis creer, harØis vos lo mismo. Nunca ha corrido tiempo mejor para robar, desde que ha sido muerto Moabdar, y que anda en Babilonia todo alborotado. ¡Moabdar ha sido muerto! dixo Zadig: ¿y que se ha hecho la reyna Astarte? Yo no lo sØ, replicó Arbogad; lo que sí sØ, es que Moabdar se volvióloco, que fuØ muerto, que Babilonia esta hecha una cueva de ladrones, todo el imperio en la desolacion, que se pueden dar buenos golpes, y que yo por mi parte he dado algunos ballantes. Pero la reyna, dixo Zadig, ¿por vida vuestra nada sabeis de la suerte de la reyna? De un príncipe de Hircania me han hablado, replicó es de presumir que sea una de sus concubinas, Æ mØnos que en el alboroto la hayan muerto; pero Æ mí lo que me importa es avenguar donde hay que robar, y no noticias. Muchas mugeres he cogido en mis correrías, pero Æ ninguna conservo; quando son bonitas, las vendo caras, sin informarme de lo que son, porque nadie compra la dignidad, y para una reyna fea no se encuentra despacho. Posible es que haya yo vendido Æ la reyna Astarte, y posible es que haya muerto; poco me importa, y me parece que tampoco debe de importaros mucho Æ vos. Diciendo esto bebia con tanto aliento, y de tal manera confundia las ideas todas, que no pudo Zadig sacar de Øl cosa ninguna mas.

Estaba confuso, pensativo y sin movimiento, miØntras que bebia Arbogad y contaba mil historietas, repitiendo sin cesar que era el mas venturoso de los hombres, y exhortando Æ Zadig Æ que fuera tan dichoso

como Øl era. Finalmente embargados los sentidos con los vapores del vino, se fuØ Æ dormir un sosegado sueæo. Zadig pasóaquella noche en la mas violenta zozobra. ¡Con que se ha vuelto loco el rey, y ha sido muerto! decia; no puedo mØnos de compadecerle. ¡EstÆ despedazado el imperio, y este bandolero es feliz! ¡O fortuna, o destino! ¡un bandolero feliz, y la mas amable produccion de la naturaleza ha muerto acaso de un modo horrible, óvive en peor condicion que la misma muerte! ¡O Astarte! ¿quØ te has hecho?

Desde que amaneciØel dia, hizo preguntas Æ todos quantos habia en el castillo, pero estaban todos ocupados, y nadie le respondiØ aquella noche habian hecho nuevas conquistas, y se estaban repartiendo los despojos. Quanto en esta tumultuaria confusion pudo conseguir, fuØ licencia para irse, que aprovechósin tardanza, mas sumido que nunca en sus tristes pensamientos.

Caminaba Zadig inquieto y agitado, preocupado su Ænimo con la malhadada Astarte, con el rey de Babilonia, can su fiel Cador, con el dichoso bandolero Arbogad, con aquella tan antojadiza muger que babian robado unos Babilonios en la frontera de Egipto, finalmente con todos los contratiempos y azares que habia sufrido.

CAPITULO XVII.

El pescador.

A pocas leguas del castillo de Arbogad, se encontróÆ orillas de un riachuelo, lamentando siempre su suerte, y mirÆndose como el epilogo de las desdichas humanas. Vióun pescador acostado Æ la orilla, que con desmayada mano retenia apØnas sus redes que iba Æ dexar escapar, y alzaba los ojos al cielo.

Por cierto que yo soy el mas desdichado de todos los hombres, decia el pescador. Por confesion de todo el mundo he sido el mas cØlebre mercader de requesones de toda Babilonia, y lo he perdido todo. Tenia la muger mas linda que pueda poseer hombre, y me ha engañeado. Me quedaba una mala casuca, y la he visto talar y derribar, Refugiado Æ una cabaæa, sin mas recurso que la pesca, no saco ni un pescado. No quiero tirarte al agua, red mia, yo soy quien me he de tirar. Diciendo estas palabras se levantóen postura de un hombre resuelto Æ dar fin Æ su vida en el rio.

¡Así, dixo Zadig para sí, hay otros hombres tan desdichados como yo! Tan pronto como esta idea fuØ la de acudir Æ librar de la muerte al pescador. Corre Æ Øl, le detiene, y le hace preguntas en ademan enternecido y consolador. Dicen que es uno mØnos desdichado quando no es Øl solo; pero segun Zoroastro no es por malicia, que es por necesidad, porque se siente uno entónces atraído por otro desventurado como por un semejante suyo. La alegría de un dichoso fuera insulto; y

son dos desventurados como dos flacos arbolillos que, apoyándose uno en otro, contra la borrasca se fortalecen.

¿PorquØ os rendis Æ vuestra desgracia? dixo Zadig al pescador. Porque no veo remedio Æ ella, le respondi He sido el vecino mas pudiente de la aldea de Derlback, cerca de Babilonia, y con ayuda de mi muger hacia los mejores requesones del imperio, que gustaban infinito Æ la reyna Astarte y al cØlebre ministro Zadig. Habla suministrado para entrÆmbas casas seiscientos requesones: fuí un dia Æ Babilonia Æ que me pagaran, y supe que aquella misma noche se habian desaparecido Zadig y la reyna. Fuí corriendo Æ casa del seæor Zadig, Æ quien nunca habia visto, y encontrØ Æ los alguaciles del gran Desterham, que con un papel del rey en la mano robaban con mucho órden y sosiego toda la casa. Pøseme en volandas en la cocina de la reyna; algunos de los gentiles-hombres de beca me dixØron que habia muerto, otros que estaba presa, y otros afirmÆron que se habia escapado; pero todos estaviØron contestes en que no se me pagarian mis requesones. Fuíme con mi muger Æ casa del seæor Orcan, que era uno de mis parroquianos; le pedimos su amparo en nuestra cuita, y se le otorgóÆ mi muger, y Æ mí no. Era mi muger mas blanca que los requesones que fuØron el origen de mi desventura, y no brilla mas la pøerpura de Tyro que el color que su blancura animaba: por eso se la guardóOrcan, y me echóde su casa. Escribí Æ mi esposa desesperado una carta, y respondiál portador: Sí, ya, ya sØ quien me escribe, ya me han hablado de Ø!; dicen que hace requesones excelentes: que me trayga, y que se los paguen.

Quise acudir Æ la justicia en mi desdicha. QuedÆbanme seis onzas de oro: fuØ menester dar dos al jurisperito que consultØ, otras dos al procurador que se encargóde mi asunto, y dos al escribiente del primer juez. Hecho esto, aun no se habia empezado mi pleyto, y ya llevaba mas dinero gastado que lo que mis requesones y mi muger de aæadidura valian. Volvíme al pueblo con Ænimo de vender mi casa por recobrar Æ mi muger. Valia esta unas sesenta onzas de oro; pero me vían pobre, y con premura de vender. El primero Æ quien me dirigí me ofreciótreinta, el segundo veinte, y el tercero diez; y la iba Æ dar por este precio, segun estaba ciego. Vino Æ la sazón Æ Babilonia un príncipe de Hircania, asolando todo el pais por donde pasaba, el qual saqueómi casa, y despues le puso fuego. Habiendo perdido de esta manera dinero, muger y casa, me retirØ al pais donde me veis, procurando ganar mi vida con la pesca. Los peces hacen burla de mí lo mismo que los hombres: no saco ningunos, y me muero de hambre; y sin vos, consolador augusto, iba Æ tirarme al rio.

No contósu historia el pescador sin hacer muchas pausas, y Æ cada una le decia Zadig, arrebatado y fuera de sí: ¿Con que nada sabeis de la suerte de la reyna? No, seæor, respondia el pescador; lo que sØ, es que ni la reyna ni Zadig me han pagado mis requesones, que me han robado Æ mi muger, y que estoy desesperado. Yo espero, dixo Zadig, que no habeis de perder todo vuestro dinero. He oido hablar de ese Zadig, como de un hombre honrado; y si vuelve Æ Babilonia, mas de lo que os debe os darÆ; mas por lo que hace Æ vuestra muger, que no es tan honrada, aconsejoos que no hagais diligencias por volver con ella. Tomad mi consejo, id Æ Babilonia, adonde Æntes que vos llegarØ yo,

porque vais Æ piØ y yo voy Æ caballo; veos con el ilustre Cador, decidle que habeis encontrado Æ su amigo, y esperadme en su casa: id en paz, que acaso no serØis siempre desdichado.

Poderoso Orosmales, siguió de mí os habeis valido para consolar Æ este hombre: ¿de quiØn os valdrØis para darme Æ mí consuelo? Así decia dando al pescador la mitad de todo el dinero que traía de Arabia; y el pescador atónito y confuso besaba las plantas del amigo de Cador, y le apellidaba su Ængel tutelar.

Zadig no cesaba de preguntarle noticias, y de verter llanto. ¿Cómo, seæor, exclamóel pescador, tambien sois desdichado siendo benØfico? Cien veces mas infeliz que tœ, respondióZadig. ¿Cómo puede ser, decia el buen hombre, que sea el que da mas digno de lÆstima que el que recibe? Porque tu mayor desgracia, replicóZadig, era la necesidad, y la mia pende del coraron. ¿Os ha robado Orcan Æ vuestra muger? dixo el pescador. Esta pregunta traxo Æ la memoria Æ Zadig todas sus aventuras, y le hizo repasar la lista de todos sus infortunios, empezando por la perra de la reyna hasta su arribo Æ casa del bandolero Arbogad. Ha, dixo al pescador, Orcan es digno de castigo; pero por lo comun esos son los hombres que estan en privanza del destino. Sea como fuere, vete Æ casa del seæor Cador, y espØrame. SeparÆronse con esto: el pescador se fœe dando gracias Æ su estrella, y Zadig maldiciendo sin cesar la suya.

CAPITULO XVIII.

El basilisco.

LlegóZadig Æ un hermoso prado, donde vióuna muchedumbre de mugeres que andaban buscando solícitas cosa que parecia que habian perdido. Acercóse Æ una de ellas, y le preguntósi queria que las ayudara Æ buscar lo que querían hallar. Dios nos libre, respondióla Syria; lo que nosotras buscamos solo las mugeres pueden tocarlo. Raro es eso, dixo Zadig: ¿me harØis el favor de decirme quØ cosa es esa que solo las mugeres pueden tocarla? Un basilisco, respondióella. ¡Un basilisco, seæora! ¿y por quØ motivo buscais un basilisco? Para nuestro seæor y dueæo Ogul, cuyo palacio estais viendo Æ orillas del rio, y al cabo de este prado, que somos sus mas humildes esclavas. El seæor Ogul estÆ malo, y le ha recetado su mØdico que coma un basilisco hervido en agua de rosas; y como es animal muy raro, y que solo de las mugeres se dexa coger, ha prometido el seæor Ogul que escogerÆ por su querida esposa Æ la que le lleve un basilisco: con que así dexÆdmele buscar; que ya veis lo mucho que yo perderia, si una de mis compæeras Æntes que yo le topara.

DexóZadig Æ esta Syria y Æ todas las demas que buscaran su basilisco, y siguiósu camino por la pradera. Al llegar Æ la orilla de un arroyuelo, encontróÆ otra dama acostada sobre los cØspedes, que no

buscaba nada. Parecía magestuosa su estatura, aunque tenía cubierto el rostro de un velo. Estaba inclinada la cabeza al anoyo; exhalaba de rato en rato hondos sollozos, y tenía en la mano una varita con la qual estaba escribiendo letras en una fina arena que entre los còspedes y el arroyo mediaba. Quiso ver Zadig què era lo que escribía: arrimóse, y vió una Z, luego una A, y se maravilló despues leyó una D, y le dió un vuelco el corazón; mas nunca fuè tanto su pasmo, como quando leyó las dos postreras letras de su nombre. Permaneció inmóvil un rato; rompiendo al fin el silencio, con voz mal segura, dixo: Generosa dama, perdonad Æ un extranjero desventurado, que Æ preguntar se atreve ¿por què extraño acaso encuentro aquí el nombre de Zadig, por vuestra divina mano escrito? Al oír esta voz y estas palabras, alzó con trémula mano su velo la dama, miró Æ Zadig, dió un grito de temura, de asombro y de alborozo, y rindiéndose Æ los diversos afectos que de consuno embatían su alma, cayó desmayada en sus brazos. Era Astarte, era la reyna de Babilonia, la misma que idolatraba Zadig, y de cuyo amor le acusaba su conciencia; aquella cuya suerte tantas lágrimas le había costado. Estuvo un rato privado del uso de sus sentidos; y quando cluvó sus miradas en los ojos de Astarte que lentamente se abrían de nuevo entre desmayados, confusos y amorosos: ¡O potencias inmortales! exclamó ¿me restitais Æ mi Astarte? ¿en què tiempo, en què sitio, en què estado torno Æ verla? Hincóse de rodillas ante Astarte, inclinando su frente baxo del polvo de sus pies. Alzale la reyna de Babilonia, y le sienta cabe sí en la orilla del arroyo, enxugando una y mil veces sus ojos que siempre en frescas lágrimas se bañaban. Veinte veces aëudaba el hilo de razones que interrumpían sus gemidos; hacíale preguntas acerca del acaso que los había reunido, y no daba lugar Æ que respondiese con preguntas nuevas; empezaba Æ contar sus desventuras, y quería saber las de Zadig. Habiendo finalmente Æmbos sosegado un poco el alboroto de su pecho, dixo en breves palabras Zadig por què acaso se encontraba en esta pradera. ¿Pero como os hallo, o reyna respetable y desdichada, en este desviado sitio, vestida de esclava, y acompañada de otras esclavas que buscan un basilisco, para hervirle, en virtud de una receta de mèdico, en agua de rosas?

Mièntas que andan buscando su basilisco, voy Æ informaros, dixo la hermosa Astarte, de todo lo que he padecido, y que perdono al cielo una vez que vuelvo Æ veros. Ya sabeis que el rey mi esposo llevó Æ mal que fuèseis el mas amable de todos los hombres, y acaso por este motivo tomó una noche la determinacion de mandaros ahorcar, y darme un tóxico; y tambien sabeis que los cielos compasivos dispusieron que me avisara mi enano mudo de las órdenes de su sublime magestad. Apénas os hubo precisado el fiel Cadór Æ obedecerme y partiros, se atrevió Æ penetrar por una puerta excusada en mi quarto Æ media noche, me sacó de palacio, y me llevó al templo de Orosnades, donde me encerró su hermano el mago dentro de una estatua colosal cuya basa se apoya en los cimientos del templo, y la cabeza toca con la bóveda. Aquí quedé como enterrada, puesto que el mago que me servía cuidó que nada me faltase. Al rayar el día, entró en mi quarto el boticario de su magestad con una pócima de beleño, opio, cicuta, el òbobo negro, y anapelo; y otro oficial se encaminó Æ vuestra casa con un cordón de seda azul; nias no halláron Æ nadie. Por engañar mas al rey, le hizo

Cador una falsa denuncia contra nosotros dos, fingiendo que llevabais vos el camino de la India, y yo el de Menfis; y enviaron gente en nuestro seguimiento.

No me conocian los mensajeros que fueron en busca vuestra, porque casi nunca habia mostrado mi semblante, como no fuese a vos, delante de mi marido y por orden suya. Ibanme persiguiendo por las señas que de mi persona les habian dado; y se encontraron a la raya de Egipto con otra de mi estatura misma, y que acaso era mas hermosa. Estaba bañada en llanto, y andaba desatentada, de suerte que no dudaron de que era la reina de Babilonia, y la condujeron a Moabdar. Enojóse violentamente el rey por la equivocacion; mas habiendo luego contemplado mas atentamente a esta muger, vio que era muy hermosa, y se consoló. Llamébase Misuf, nombre que, segun despues me han dicho, significa en egipciaco la bella antojadiza, y lo era efectivamente; pero no iban en zaga sus artes a sus antojos, tanto que habiendo gustado a Moabdar, le cautivó de manera que la declaró su legítima esposa. Manifestóse entónces su índole sin rebozo, entregándose sin freno a todas las extravagancias de su imaginacion. Quiso precisar al sumo mago, viejo y gotoso, que baylase en su presencia; y habiéndose negado este, le persiguió de muerte. A su caballero mayor le mandó hacer una tarta de dulce; y puesto que representó que no era repostero, todo fué en balde: tuvo que hacer la tarta, y le despidió porque estaba muy tostada. El cargo de caballero mayor se le dió a su enano, y a un page le hizo fiscal del consejo: de esta suerte gobernó a Babilonia. Lloré bame todo el mundo; y el rey, que hasta que habia mandado ahorcaros y darme veneno habia sido bastante bueno, dexó que sus virtudes corriesen naufragio en su amor a la bella antojadiza. El dia del fuego sagrado vino al templo, y le ví implorar a los Dioses por Misuf, postrado ante la estatua donde estaba yo metida. Alzando entónces la voz, le dixé: "Los Dioses desechan las señas de un rey convertido en tirano, y que ha querido quitar la vida a una muger de juicio, por casarse con una loca." Pusieron estas palabras en tamaña confusion a Moabdar, que se le fué la cabeza. Con el oráculo que habia yo pronunciado, y con la tiranía de Misuf sobraba para que perdiera la razon; y con efecto en pocos dias se volvió loco.

Esta locura, que se atribuyó a castigo del cielo, fué la señal de rebelion: amotinóse el pueblo, y tomó armas; Babilonia, donde reynaba tanto tiempo hacia una muelle ociosidad, se convirtió en teatro de una horrorosa guerra civil. Sacaronme del hueco de mi estatua; pusieronme al frente de un partido, y fué Cador corriendo a Menfis, para traer a Babilonia. Noticioso de tan fatales nuevas acudió el príncipe de Hircania con su ejército a formar tercer partido en la Caldea, y vino a embestir al rey que le salió al encuentro con su desatinada egipciaca. Murió Moabdar, traspasado de mil heridas, y cayó Misuf en poder del vencedor. Quiso mi desventura que yo tambien fuera cogida por una partida de guerrilla hircana, que me condujo a presencia del príncipe, al mismo tiempo que le llevaban a Misuf. Sin duda sabréis con satisfaccion que me tuvo este por mas hermosa que la egipcia, pero no seré de muchos sentimiento para vos que os diga que me destinó para su serrallo, diciéndome sin andarse con rodeos, que luego que concluyese una expedicion militar para la qual iba a partirse, vendria

Æ mí. Figøraos qual fuØ mi quebranto: rotos los vínculos que con Moabdar me estrechaban, podia ser de Zadig, y caía en los hierros de un bÆrbaro. Respondíle con toda la altivez que me inspiraban mi alta gerarquía y mis afectos, habiendo oido decir toda mi vida que las personas de mi dignidad las habian dotado los cielos de tal grandeza, que con una palabra y un mirar de ojos confundian en el polvo de la nada Æ quantos temerarios eran osados Æ apartarse un punto del mas reverente acatamiento. HablØ como reyna, pero fuí tratada como una moza de cÆntaro: el Hircano, sin dignarse siquiera de responderme, le dixo Æ su eunuco negro que yo era mal hablada, pero que le parecia linda. Mandóe que me cuidase y me diera el trato que Æ las que estaban en su privanza, para que me volviesen los colores, y fuese mas digna de sus caricias el dia que le pareciese oportuno honrarme con ellas. Díxele que me mataría, y me respondióriØndose que ninguna se mataba por esas cosas, y que estaba acostumbrado Æ semejantes melindres, y se fuØ dexÆndome como un xilguero en jaula. ¡QuØ situacion para la primera reyiia del universo, y mas para un corazon que era de Zadig!

El qual se hincóde rodillas al oír estas razones, regando con sus lÆgrimas las plantas de Astarte. Alzóe esta cariæosamente, y prosiguiódiendo: Víame en poder de un bÆrbaro, y en competencia con una loca con quien estaba encerrada. Contóme Misuf su aventura de Egipto; y por la pintura que de vos hizo, por el tiempo, por el dromedario en que ibais montado, y por las demas circunstancias vine en conocimiento de que era Zadig quien habia peleado en su defensa; y no dudando de que estuviØrais en Menfis, me determinØ Æ refugiarme en esta ciudad. Bella Misuf, le dixe, vos sois mucho mas donosa que yo, y divertirØis mas bien al príncipe de Hircania: procuradme medio para escapar; reynarØis vos sola, y me harØis feliz, librÆndoos de una rival. Misuf me ayudóÆ efectuar mi fuga, y me partí secretamente con una esclava egipcia.

Ya tocaba con la Arabia, quando me robóun bandolero muy nombrado, llamado Arbogad, el qual me vendióÆ unos mercaderes que me traxØron Æ este palacio, donde reside el seæor Ogul, que me comprósin saber quien yo fuese. Es este un gloton, que solo piensa en atracarse bien, y cree que le ha echado Dios al mundo para disfrutar de una bueua mesa. EstÆ tan excesivamente gordo, que Æ cada instante parece que va Æ reventar. Su mØdico poco influxo tiene con Øl quando hace buena digestion, pero le manda despóicamente quando tiene ahitera; y ahora le ha hecho creer que le habia de sanar con un basilisco hervido en agua de rosas. Ha prometido dar su mano Æ la esclava que le traxere un basilisco, y ya veis que yo las dexo que se merezcan tan alta honra, no habiendo nunca tenido mØnos ganas de topar el tal basilisco que desde que han querido los cielos que volviese Æ veros.

DixØronse entónces Astarte y Zadig quanto Æ los mas generosos y apasionados pechos pudiØron inspirar afectos tanto tiempo contrarestados, y tanto amor, y tanta desdicha; y los genios que al amor presiden llevÆron las razones de Æmbos Æ la esfera de VØnus.

TornÆronse Æ la quinta de Ogul las mugeres sin haber hallado nada.

Zadig se presentó a Øl, y le habló así: Desciende del cielo la inmortal Hygia para dilatar vuestros aæos. Yo soy mØdico; he venido habiendo oido hablar de vuestra dolencia, y os traygo un basilisco hervido en agua de rosas; no porque aspire a casarme con vos, que solo os pido la libertad de una esclava jóven de Babilonia, que os vendiØron pocos dias hace; y me allano a permanecer esclavo en su lugar, si no tengo la dicha de sanar al magnifico seæor Ogul.

FuØ admitida la propuesta, y se partiØ astarte para Babilonia en compaæía del criado de Zadig, prometiØndole que le despacharia sin tardanza un mensajero, para informarle de quanto hubiese sucedido. No mØnos que su reconocimiento fuØron amorosos sus vales: porque, como est a escrito en el gran libro del Zenda, las dos Øpocas mas solemnes de la vida son el instante en que nos volvemos a ver, y aquel en que nos separamos. Quería Zadig a la reyna tanto como se lo juraba, y la reyna quería a Zadig mas de lo que decia.

Zadig hablóde esta suerte a Ogul: Seæor, mi basilisco no se come, que toda su virtud se os ha de introducir por los poros; yo le he puesto dentro de una odre bien henchida de viento, y cubierta de un cuero muy fino; es menester que empujeis hacia mí dicha odre en el ayre con toda vuestra fuerza, y que yo os la tire muchas veces; y con pocos dias de dieta y de este exercicio verØis la eficacia de mi arte. Al primer dia se hubo de ahogar Ogul, y creyóque iba a exhalar el alma; al segundo se cansómØnos, y durmiómas bien: por fin a los ocho dias recobró toda la fuerza, la salud, la ligereza, y el buen humor de sus mas floridos aæos. Zadig le dixo: Habeis jugado a la pelota, y no os habeis hartado: sabed que no hay tal basilisco en el mundo; que un hombre sobrio y que hace exercicio siempre vive sano, y que tan imaginado es el arte de amalgamar la gula con la salud como la piedra filosofal, la astrología judiciaria, y la teología de los magos.

Conociendo el primer mØdico de Ogul quan peligroso para la medicina era semejante hombre, se coligócon el boticario del gremio para enviarle a buscar basiliscos al otro mundo: de suerte que habiendo sido castigado siempre por sus buenas acciones, iba a morir por haber dado la salud a un seæor gloton. Convidaronle a un esplØndido banquete, donde le debian dar veneno al segundo servicio; pero estando en el primero, recibióun parte de la hermosa reyna, y se levantóde la mesa, partiØndose sin tardanza. El que es amado de una hermosa, dice el gran Zoroastro, de todo sale bien en este mundo.

CAPITULO XIX.

Las justas.

FuØ recibida la reyna en Babilonia con aquel jøebilo con que se recibe siempre una princesa hermosa y desdichada. Entónces Babilonia parecia algo mas quieta: el príncipe de Hircania habia perdido la vida en una

batalla, y los Babilonios vencedores declaráron que Astarte se casaría con el que fuera elegido por soberano. Mas no quisieron que el primer puesto del mundo, que era el de esposo de Astarte y monarca de Babilonia, pendiese de enredos y partidos; y juráron reconocer por rey al mas valiente y discreto. Levantáron á pocas leguas de la ciudad un vasto palenque cercado de anfiteatros magníficamente adornados; los mantenedores se habian de presentar armados de punta en blanco, y se le habia seáladado á cada uno un aposento separado, donde no podia ver ni hablar á nadie. Se habian de correr quatro lanzas; y los que tuviesen la dicha de vencer á quatro caballeros, habian luego de pelear unos con otros: de suerte que el postrero por quien quedara el campo fuese proclamado vencedor del torneo. Quatro dias despues habia de volver con las mismas armas, y acertar las adivinanzas que propusiesen los magos; y si no las acertase, no habia de ser rey, mas se habian de volver á correr lanzas, hasta que se diese con un hombre que saliese con victoria en ámbas pruebas; porque estaban resueltos á no reconocer por rey á quien no fuese el mas valiente y mas discreto. En todo este tiempo no se permitia á la reyna comunicar con nadie: solo se le daba licencia para que asistiera á los juegos cubierta de un velo; pero no se le consentia hablar con ninguno de los pretendientes, porque no hubiese injusticia ni valimiento.

Este aviso daba Astarte á su amante, esperando que acreditada por ella mas valor y discrecion que nadie. Partiése Zadig, suplicando á Venus que fortaleciera su ánimo y alumbrara su entendimiento, y llegó á las riberas del Eufrates la víspera del solemne dia. Hizo asentar luego su mote entre los de los demas combatientes, escondiendo su nombre y su rostro, como mandaba la ley, y se fué á descansar al aposento que le habia cabido eu suerte. Su amigo Cador que estaba de vuelta en Babilonia, habiéndole buscado en Egipto, mandó llevar á su quarto una armadura completa que le enviaba la reyna, y tambien con ella el caballo mas lozano de la Persia. Bien vió Zadig que estas dædivas eran de mano de Astarte, y adquirió nuevo vigor, y esperanzas nuevas su amor y su denuedo.

Al dia siguiente, sentada la reyna baxo un dosel guarnecido de piedras preciosas, y llenos los anfiteatros de todas las damas y de gente de todos estados de Babilonia, se dexáron ver en el circo los mantenedores. Puso cada uno su mote á los piés del sumo mago: sorteáronse, y el de Zadig fué el postrero. Presentóse el primero un seæor muy rico, llamado Itobad, tan lleno de vanidad como falto de valor, de habilidad, y de entendimiento. Habíanle persuadido sus sirvientes á que un hombre como el debía de ser rey, y él les habia respondido: Un hombre como yo debe reynar. Habíanle armado pues de piés á cabeza: llevaba unas armas de oro con esmaltes verdes, un penacho verde, y la lanza colgada con cintas verdes. Por el modo de gobernar Itobad su caballo, se echó luego de ver que no habia destinado el cetro de Babilonia á un hombre como él el cielo. El primer caballero que corrió lanza le hizo perder los estribos, y el segundo le tiró por las ancas del caballo á tierra, las piernas arriba, y los brazos abiertos. Volvió á montar Itobad, pero haciendo tan triste figura, que todo el anfiteatro soltó la risa. No se dignó el tercero de tocarle con la lanza; sino que al pasar junto á él le

agarró por la pierna derecha, y haciéndole dar media-vuelta, le derribó en la arena; los escuderos de los juegos acudieron a levantarle riéndose: el cuarto combatiente le coge por la pierna izquierda, y le tira del otro lado. Condujeronle con mil baldones a su aposento, donde conforme a la ley había de pasar aquella noche: y decía, pudiendo a penas menearse: ¡Qué aventura para un hombre como yo!

Mejor desempeño fueron su obligación los demás adalides: hubo algunos que vencieron a dos combatientes, y unos pocos llegaron hasta tres. Solo el príncipe Otames venció a cuatro. Presentóse el postrero Zadig, y con mucho donayre sacó de los estribos a cuatro ginetes uno en pos de otro; con esto empezó la lid entre Zadig y Otames. Este traía armas de azul y oro con un penacho de lo mismo; las de Zadig eran blancas. Los ánimos de los asistentes estaban divididos entre el caballero azul y el blanco: a la reina le palpitaba el corazón, haciendo fervientes ruegos al ciclo por el color blanco.

Dieron ambos campeones repetidas vueltas y revueltas con tanta ligereza, asentaronse y esquivaron tales botes con las lanzas, y tan fuertes se mantenían en sus estribos, que todos, menos la reina, deseaban que hubiese dos reyes en Babilonia. Cansados ya los caballos, y rotas las lanzas, usó Zadig esta treta: pasa por detrás del príncipe azul, se abalanza a las ancas de su caballo, le coge por la mitad del cuerpo, le derriba en tierra: monta en la silla vacía, y empieza a dar vueltas al rededor de Otames tendido en el suelo. Clama todo el anfiteatro: Victoria por el caballero blanco. Alzase enfurecido Otames, saca la espada; da Zadig un salto del caballo el alfange desnudo. Ambos empiezan en la arena nueva y más peligrosa batalla; ora triunfa la agilidad, ora la fuerza. Vuelan al viento heridos de menudeados golpes el plumage de sus yelmos, los clavos de sus braceletes, la malla de sus armas. De punta y de filo se hieren a izquierda, a derecha, la cabeza, el pecho: retiranse, acomótese; se apartan, se agarran de nuevo; dóblanse como serpientes, embísterise como leones: a cada instante salían chispas de los golpes que se pegan. Zadig cobra en fin algún aliento, se para, esquiva un golpe de Otames, no le da vagar, le derriba, le desarma, y Otames exclama: Caballero blanco, a vos es debido el trono de Babilonia. No cabía en sí la reina de alborozo. Llevaron al caballero azul y al caballero blanco, a cada uno a su aposento, como habían hecho con todos los demás, cumpliendo con lo que mandaba la ley. Unos mudos los vinieron a servir, y les trajeron de comer. Bien se puede presumir si sería el mudo de la reina el que sirvió a Zadig. Dejaronlos dormir solos hasta el otro día por la mañana, que era cuando había de llevar el vencedor su mote al sumo mago, para cotejarle y darse a conocer.

Tan cansado estaba Zadig que durmió profundamente, puesto que enamorado; mas no dormía. Ito bad que estaba acostado en el cuarto inmediato: y levantándose por la noche entró en el de Zadig, cogió sus armas blancas y su mote, y puso las suyas verdes en lugar de ellas. A penas rayaba el alba, quando se presentó ufano al sumo mago, declarándole que un hombre como él era el vencedor. Nadie lo esperaba, pero fué proclamado, mientras que aun estaba durmiendo Zadig. Volvióse Astarte a Babilonia atónita y desesperada. Casi vacío estaba todo el

anfiteatro quando despertó Zadig, y buscando sus armas se encontraron las verdes en su lugar. Vióse precisado a revestirse de ellas, no teniendo otra cosa de que echar mano. Armase atónito, indignado y enfurecido, y sale con este arreo. Toda quanta gente aun habia en el anfiteatro y el circo le acogió con mil baldones; todos se le arrimaban, y le daban vaya en su cara: nunca hombre sufrió tan afrentoso desaire. Falta de la paciencia, y desvió a sablazos el populacho que se atrevió a denostarle; pero no sabia que hacerse, no pudiendo ni ver a la reyna, ni reclamar las armas blancas que esta le habia enviado, por no aventurar su reputacion: y mientras que estaba Astarte sumida en un piélago de dolor, fluctuaba entre furores y zozobras. Pase a base por las orillas del Eufrates, persuadido que le habia destinado su estrella irremediable desdicha, y recapitulaba en su mente todas sus desgracias, desde la muger que no podía ver los tuertos, hasta la de su armadura. Eso he grangeado, decia, con haber despertado tarde; si no hubiera dormido tanto, fuera rey de Babilonia, y posesor de Astarte. Así el saber, las buenas costumbres, el esfuerzo nunca para mas que para mi desdicha me han valido. Exhalóse al cabo en murmuraciones contra, la Providencia, y le vino la tentacion de creer que todo lo regia un destino cruel que a los buenos oprimia, y hacia que prosperasen los caballeros verdes: que uno de sus mayores sentimientos era verse con aquellas armas verdes que tanta mofa le habian acarreado. Pasó un mercader, a quien se las vendió muy baratas, y le compró una bata y una gorra larga. En este traje iba siguiendo la corriente del Eufrates, desesperado, y acusando en su corazón a la Providencia que no se cansaba de perseguirle.

CAPITULO XX.

El ermitaño.

Caminando, como hemos dicho, se encontraron un ermitaño cuya lengua barba descendia hasta el estómago. Llevaba este un libro que iba leyendo muy atentamente. Paróse Zadig y le hizo una profunda reverencia, a que correspondió el ermitaño de manera tan afable y tan noble, que a Zadig le vino la curiosidad de razonar con él. Preguntó de qué libro era el que leía. El libro del destino, dixo el ermitaño: ¿quereis leer algun trozo? Pusosele en las manos; mas aunque fuese Zadig vorsado en muchos idiomas, no pudo conocer ni una letra, con lo qual se aumentó su curiosidad. Muy triste pareceis, le dixo el buen padre. ¡Tanto motivo tengo para estarlo! respondió Zadig. Si me dais licencia para que os acompañe, repuso el anciano, acaso podré servirlos en algo; que a veces he hecho baxar el consuelo a las almas de los desventurados. La traza, la barba y el libro del ermitaño infundieron respeto en Zadig, y en su conversacion encontraron superiores luces. Hablaba el ermitaño del destino, de la justicia, de la moral, del sumo bien, de la humana flaqueza, de las virtudes y los vicios con tan viva y penetrante elocuencia, que Zadig por un irresistible embeleso se sentia atraído hacia él, y le rogó con ahinco que no le dexara hasta

que estuviesen de vuelta en Babilonia. Ese mismo favor os pido yo; juradme por Orosmales, que sea lo que fuere lo que me veais hacer, no os habeis de separar de mí en algunos dias. Jurdo Zadig, y siguiØron juntos Æmbos su camino.

Aquella misma tarde llegÆron Æ una magnifica quinta, y pidiØel ermitaæo hospedage para sí y para el mozo que le acompaæaba. Introduæolos en casa, con ademan de desdeæosa generosidad, un portero que parecia un gran seæor, y los presentóÆ un criado principal, que les enseæólos aposentos de su amo. SentÆronlos al cabo de la mesa, sin que se dignara el dueæo de aquel palacio de honrarlos con una mirada; pero los sirviØron, como Æ todos los demas, con opulencia y delicadeza. DiØronles luego agua Æ manos en una palangana de oro, guarnecida de esmeraldas y rubies; llevÆronlos Æ acostar Æ un suntuoso aposento, y la maæana siguiente traxo el criado Æ cada uno una moneda de oro, y despues los despidiØron.

El amo de esta casa, dixo Zadig en el camino, me parece que es hombre generoso, aunque algo altivo, y que exercita con nobleza la hospitalidad. Al decir estas palabras, advirtiØque parecia tieso y henchido una especie de costal muy largo que traía el ermitaæo, y vió dentro la palangana de oro guarnecida de piedras preciosas, que habia hurtado. No se atrevióÆ decirle nada, pero estaba confuso y perplexo.

A la hora de mediodia se presentóel ermitaæo Æ la puerta de una casuca muy mezquina, donde vivía un rico avariento, y pidiØque le hospedaran por pocas lloras. RecibiØ con Æspero rostro un criado viejo mal vestido, y llevóÆ Zadig con el ermitaæo Æ la caballeriza, donde les sirviØron unas aceytunas podridas, un poco de pan bazo, y de vino avinagrado. Comióy bebiØel ermitaæo con tan buen humor como el dia Æntes; y dirigiØndose luego al criado viejo que no quitaba la vista de uno y otro porque no hurtaran nada, y que les daba priesa para que se fuesen, le diólas dos monedas de oro que habia recibido aquella maæana, y agradeciØndole su cortesía, aæadió RuØgoos que me permitais hablar con vuestro amo. Atónto el criado le presentólos dos caminantes. Magnífico seæor, dixo el ermitaæo, no puedo mØnos de daros las mas rendidas gracias por el agasajo tan noble con que nos habeis hospedado; dignaos de admitir esta palangana de oro en corta paga de mi gratitud. Poco faltópara desmayarse con el gozo el avariento; y el ermitaæo, sin darle tiempo para volver de su asombro, se partióÆ toda priesa con su compaæero jóven. Padre mio, le dixo Zadig, ¿quØ quiere decir lo que estoy viendo? parØceme que no os semejais in nada Æ los demas: ¡robais una palangana de oro guarnecida de piedras preciosas Æ un seæor que os hospeda con magnificencia, y se la dais Æ un avariento que indignamente os trata! Hijo, respondiØel anciano, el hombre magnífico que solo por vanidad, y por hacer alarde de sus riquezas, hospeda Æ los forasteros, se tornarÆ mas cuerdo; y aprenderÆ el avariento Æ exercitar la hospitalidad. No os dØ pasmo nada, y seguidme. Todavía no atinaba Zadig si iba con el mas loco ó con el mas cuerdo de los hombres; pero tanto era el dominio que se habia grangeado en su Ænimo el ermitaæo, que obligado tambien por su juramento no pudo mØnos de seguirle.

Aquella tarde llegó a una casa aseada, pero sencilla, y donde nada respiraba prodigalidad ni parsimonia. Era su dueño un filósofo retirado del tráfico del mundo, que cultivaba en paz la sabiduría y la virtud, y que nunca se aburría. Había tenido gusto especial en edificar este retirado albergue, donde recibía a los forasteros con una dignidad que en nada se parecía a la ostentación. El mismo salió al encuentro a los dos caminantes, los hizo descansar en un aposento muy cómodo; y poco después vino él en persona a convidarlos a un banquete aseado y bien servido, durante el cual habló con mucho tino de las últimas revoluciones de Babilonia. Pareció adicto de corazón a la reina, y hubiera deseado que Zadig se hubiera hallado entre los competidores a la corona; pero no merecen los hombres, añadió tener un rey como Zadig. Abochornado este sentía crecer su dolor. En la conversación estuvieron todos conformes en decir que no siempre iban las cosas de este mundo a gusto de los sabios; pero sustentó el ermitaño que no conocíamos las vías de la Providencia, y que era desacierto en los hombres fallar acerca de un todo, cuando no ven más que una pequeñísima parte.

Tratóse de las pasiones. ¡Cuán fatales son! dijo Zadig. Son, replicó el ermitaño, los vientos que hinchen las velas del navío; algunas veces le sumergen, pero sin ellas no es posible navegar. La bilis hace iracundo, y causa enfermedades; mas sin bilis no pudiera uno vivir. En la tierra todo es peligroso, y todo necesario.

Tratóse del deleyte, y probó el ermitaño que era una divina de la divinidad; porque el hombre, dijo, por sí propio no puede tener sensaciones ni ideas: todo en él es prestado, y la pena y el deleyte le vienen de otro, como su mismo ser.

Pasmóbase Zadig de que un hombre que tantos desatinos había cometido, discurriese con tanto acierto. Finalmente después de una conversación no menos grata que instructiva, llevó su huésped a los dos caminantes a un aposento, dando gracias al cielo que le había enviado dos hombres tan sabios y virtuosos. Brindóles con dinero de un modo ingenuo y noble que no podía disgustar: rehusó el ermitaño, y le dijo que se despedía de él, porque hacía ánimo de partirse para Babilonia antes del amanecer. Fue afectuosa su separación, y con especialidad Zadig se quedó penetrado de estimación y cariño a tan amable huésped.

Quando estuvo con el ermitaño en su aposento, hicieron ambos un pomposo elogio de su huésped. Al rayar el alba, despertó el anciano a su camarada. Vémonos, le dijo; quiero empero, mientras que duerme todo el mundo, dexar a este buen hombre una prueba de mi estimación y mi cariño. Diciendo esto, cogió una tea, y pegó fuego a la casa. Asustado Zadig dió gritos, y le quiso estorbar que cometiese acción tan horrenda; pero se le llevaba tras sí con superior fuerza el ermitaño. Ardía la casa, y el ermitaño que junto con su compañero ya estaba desviado, la miraba arder con mucho sosiego. Loado sea Dios, dijo, ya está la casa de mi buen huésped quemada hasta los cimientos, ¡Qué hombre tan feliz! Al oír estas palabras le vinieron tentaciones a Zadig de soltar la risa, de decir mil picardías al padre reverendo, de darle de palos, y de escaparse; pero las reprimió todas, siempre

dominado por la superioridad del ermitaño, y le siguió hasta la última jornada.

Alojaronse en casa de una caritativa y virtuosa viuda, la cual tenía un sobrino de catorce años, muchacho graciosísimo, y que era su única esperanza. Agasajados lo mejor que pudo en su casa, y al siguiente día mandó a su sobrino que fuera acompañando a los dos caminantes hasta un puente que se había roto poco tiempo hacía, y era un paso peligroso. Precedíalos muy solícito el muchacho; y cuando hubieron, llegado al puente, le dixo el ermitaño: Ven acá, hijo mío, que quiero manifestar mi agradecimiento a tu tía; y agarrándole de los cabellos le tira al río. Cae el chico, nada un instante encima del agua, y se le lleva la corriente. ¡O monstruo, o hombre el más perverso de los hombres! exclamó Zadig. De tener más paciencia me habíais dado palabra, interrumpió el ermitaño: sabed que debajo de los escombros de aquella casa a que ha pegado fuego la Providencia, ha encontrado su dueño un inmenso tesoro; sabed que este mancebo ahogado por la Providencia había de asesinar a su tía de aquí a un año, y de aquí a dos a vos mismo. ¿Quién te lo ha dicho, inhumano? clamó Zadig; ¿y aun cuando hubieses leído ese suceso en tu libro de los destinos, qué derecho tienes para ahogar a un muchacho que no te ha hecho mal ninguno?

Todavía estaba hablando el Babilonio, cuando advirtió que no tenía ya barba el anciano, y que se remozaba su semblante. Luego desapareció su traje de ermitaño, y cuatro hermosas alas cubrieron un cuerpo magestuoso y resplandeciente. ¡O paráninfo del cielo, ó Ángel divino, exclamó prostrado Zadig, con que has bajado del empíreo para enseñar a un flaco mortal a que se someta a sus eternos decretos! Los humanos, dixo el Ángel Jesrad, sin saber de nada fallan de todo: entre todos los mortales tú eras el que más ser ilustrado merecías. Pídele Zadig licencia para hablar, y le dixo: No me fío de mi entendimiento; pero si he de ser osado a suplicarte que disipes una duda mía, dime ¿si no valía más haber enmendado a ese muchacho, y hacedle virtuoso, que ahogarle? Si hubiese sido virtuoso y vivido, respondió Jesrad, era su suerte ser asesinado con la muger con quien se había de casar, y el hijo que de este matrimonio había de nacer. ¿Con que es indispensable, dixo Zadig, que haya atrocidades y desventuras, y que estas recaygan en los hombres virtuosos? Los malos, replicó Jesrad, siempre son desdichados, y sirven para probar un corto número de justos sembrado sobre la haz de la tierra, sin que haya mal de donde no resulte un bien. Empero, dixo Zadig, ¿si solo hubiese bienes sin mezcla de males? La tierra entonces, replicó Jesrad, fuera otra tierra; la cadena de los sucesos otro orden de sabiduría; y este orden, que sería perfecto, solo en la mansion del Ser Supremo, donde no puede haber mal ninguno, puede existir. Millones de mundos ha criado, y no hay dos que puedan parecerse uno a otro: que esta variedad inmensa es un atributo de su inmenso poder. No hay en la tierra dos hojas de árbol, ni en los infinitos campos del cielo dos globos enteramente parecidos; y quanto ves en el pequeñísimo átomo donde has nacido forzosamente, había de existir en su tiempo y lugar determinado, conforme a las inmutables órdenes de aquel que todo lo abraza. Piensan los hombres que este niño que acaba de morir se ha caído por casualidad en el río, y que aquella casa se quemó por casualidad; mas no hay casualidad, que todo es

prueba ócastigo, remuneracion óprovidencia. AcuØrdate de aquel pescador que se tenia por el mas desventurado de los mortales, y Orosmales te enviópara mudar su suerte. Dexa, flaco mortal, de disputar contra lo que debes adorar. Empero, dixo Zadig.... MiØntras Øl decia EMPERO, ya dirigia el Ængel su raudo vuelo Æ la dØcima esfera. Zadig veneróarrodillado la Providencia, y se sometió De lo alto de los ciclos le gritóel Ængel: Encaminate Æ Babilonia.

CAPITULO XXI.

Las adivinanzas.

Fuera de sí Zadig, como uno que ha visto caer junto Æ sí un rayo, caminaba desatentado. LlegóÆ Babilonia el dia que para acertar las adivinanzas, y responder Æ las preguntas del sumo mago, estaban ya reunidos en el principal atrio del palacio todos quantos habian combatido en el palenque; y habian llegado todos los mantenedores de la justa, mØnos el de las armas verdes. Luego que entróZadig en la ciudad, se agolpóen torno de Øl la gente, sin que se cansaran sus ojos de mirarle, su lengua de darle bendiciones, ni su corazon de desear que se ciæese la corona. El envidioso que le viópasar se esquivódespechado, y le llevóen volandas la muchedumbre al sitio de la asamblea. La reyna, Æ quien informÆron de su arribo, vacilaba agitada de temor y esperanza; y llena de desasosiego no podia entender porque venia Zadig desarmado, ócomo llevaba ltobad las armas blancas. Alzóse un confuso murmullo así que columbrÆron Æ Zadig: todos estaban pasmados y llenos de alborozo de verle; pero solamente los caballeros que habian peleado tenian derecho Æ presentarse en la asamblea.--Yo tambien he peleado, dixo, pero otro ha usurpado mis armas; y hasta que tenga la honra de acreditarlo, pido licencia para presentarme Æ acertar los enigmas. VotÆron; y estaba tan grabada aun en todos los Ænimos la reputacion de su probidad, que unÆnimemente fuØ admitido.

La primera qiæstion que propuso el sumo mago fuØ: ¿qual es la mas larga y mas corta de todas las cosas del mundo, la mas breve y mas lenta, la mas divisible y mas extensa, la que mas se desperdicia y mas se llora haber perdido, sin la que nada se puede hacer, que se traga todo lo mezquino, y da vida Æ todo lo grande? Tocaba Æ ltobad responder, y dixo que Øl no entendia de adivinanzas, y que le bastaba haber sido vencedor lanza en ristre. Unos dixØron que era la fortuna, otros que la tierra, y otros que la luz. Zadig dixo que era el tiempo. No hay cosa mas larga, aæadió pues mide la eternidad; ni mas corta, pues falta para todos nuestros planes: ni mas lenta para el que espera, ni mas veloz para el que disfruta; se extiende Æ lo infinitamente grande, y se divide hasta lo infinitamente pequeæo; ninguno hace aprecio de Øl, y todos lloran su pØrdida; sin Øl nada se hace; sepulta en el olvido quanto es indigno de la posteridad, y hace inmortales las glandes acciones. La asamblea confesóque tenia razon Zadig.

Preguntáron luego: ¿Qué es lo que recibimos sin agradecerlo, disfrutamos sin saber cómo, damos a otros sin saber donde estamos, y perdemos sin echarlo de ver? Cada uno dijo su cosa; solo Zadig adivinó que era la vida, y con la misma facilidad acertó los demás enigmas. Itobad decía al fin que no había cosa más fácil, y que con la mayor facilidad habría él dado con ello, si hubiera querido tomarse el trabajo. Propusieron luego cuestiones acerca de la justicia, del sumo bien, del arte de reinar; y las respuestas de Zadig se reputaron por las más sólidas. Le estima es, decían todos, que sugeto de tanto talento sea tan mal ginete.

Ilustres señores, dijo en fin Zadig, yo he tenido la honra de vencer en el palenque, que soy el que tenía las armas blancas. El señor Itobad se revistió de ellas mientras que yo estaba durmiendo, creyendo que sin duda le sentarian más bien que las verdes. Le reto para probarle delante de todos vosotros, con mi bata y mi espada, contra toda su luciente armadura blanca que me ha quitado, que fui yo quien tuve la honra de vencer al valiente Otames.

Admitió Itobad el duelo con mucha confianza, no dudando de que con su yelmo, su coraza y sus braceletes, acabaría fácilmente con un campeón que se presentaba en bata y con su gorro de dormir. desnudó Zadig su espada después de hacer una cortesía a la reina, que agitada de temor y alborozo le miraba; Itobad desenvainó la suya sin saludar a nadie, y acometió a Zadig como quien nada tenía que temer. Iba a hender la cabeza de una estocada, cuando paró Zadig el golpe, haciendo que la espada de su contrario pegase en falso, y se hiciese pedazos. Abrazándose entonces con su enemigo le derribó al suelo, y poniéndole la punta de la espada por entre la coraza y el espaldar: Déxalos desarmar, le dijo, si no queréis perder la vida. Pasmado Itobad, como era su costumbre, de las desgracias que a un hombre como él sucedían, no hizo resistencia a Zadig, que muy a su sabor le quitó su magnífico yelmo, su soberbia coraza, sus hermosos braceletes, sus lucidas escarcelas, y así armado fue a postrarse a las plantas de Astarte. Sin dificultad probó Cador que pertenecían estas armas a Zadig, el qual por consentimiento unánime fue alzado por rey, con sumo beneplácito de Astarte, que después de tantas desventuras disfrutaba la satisfacción de contemplar a su amante digno de ser su esposo a vista del universo. Fuése Itobad a su casa a que le llamaran Su Excelencia. Zadig fue rey y feliz, no olvidándose de quanto le había enseñado el Ángel Jesurad, y acordándose del grano de arena convertido en diamante: y él y la reina adoraron la Providencia. Dexó Zadig correr por el mundo a la bella antojadiza Misuf; envió a llamar al bandolero Arbogad, a quien dió un honroso puesto en el ejército, prometiéndole que le adelantaría hasta las primeras dignidades militares si se portaba como valiente militar, y que le mandaría ahorcar si hacía el oficio de ladrón. Setoc, llamado de lo interior de la Arabia, vino con la hermosa Almona, y fue nombrado superintendente del comercio de Babilonia. Cador, colocado y estimado como merecían sus servicios, fue amigo del rey, y este ha sido el único monarca en la tierra que haya tenido un amigo. No se olvidó Zadig del mudo, ni del pescador, a quien dió una casa muy hermosa. Orcan fue condenado a pagarle una fuerte cantidad de dinero,

y a restituírle su muger; pero el pescador, que se habia hecho hombre cuerdo, no quiso mas que el dinero.

La hermosa Semira no se podía consolar de haberse persuadido a que hubiese quedado Zadig tuerto, ni se hartaba Azora de llorar por haber querido cortarle las narices. Calmó el rey su dolor con diosas; pero el envidioso se cayó muerto de pesar y vergüenza. Disfrutó el imperio la paz, la gloria y la abundancia; y este fué el mas floreciente siglo del mundo, gobernado por el amor y la justicia. Todos bendecían a Zadig, y Zadig bendecía el cielo.

(Nota.) Aquí se concluye el manuscrito que de la historia de Zadig hemos hallado. Sabemos que le sucedieron luego otras muchas aventuras que se conservan en los anales contemporáneos, y suplicamos a los eruditos intérpretes de lenguas orientales, que nos las comuniquen si su noticia llegaren.

FIN DE LA HISTORIA DE ZADIG.

End of the Project Gutenberg EBook of Zadig, by Voltaire

*** END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK ZADIG ***

This file should be named zadig10a.txt or zadig10a.zip
Corrected EDITIONS of our eBooks get a new NUMBER, zadig11a.txt
VERSIONS based on separate sources get new LETTER, zadig10b.txt

Produced by Juliet Sutherland, Charles Franks
and the Online Distributed Proofreading Team.

Project Gutenberg eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the US unless a copyright notice is included. Thus, we usually do not keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

We are now trying to release all our eBooks one year in advance of the official release dates, leaving time for better editing. Please be encouraged to tell us about any error or corrections, even years after the official publication date.

Please note neither this listing nor its contents are final till midnight of the last day of the month of any such announcement. The official release date of all Project Gutenberg eBooks is at Midnight, Central Time, of the last day of the stated month. A preliminary version may often be posted for suggestion, comment and editing by those who wish to do so.

Most people start at our Web sites at:

<http://gutenberg.net> or
<http://promo.net/pg>

These Web sites include award-winning information about Project Gutenberg, including how to donate, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter (free!).

Those of you who want to download any eBook before announcement can get to them as follows, and just download by date. This is also a good way to get them instantly upon announcement, as the indexes our cataloguers produce obviously take a while after an announcement goes out in the Project Gutenberg Newsletter.

<http://www.ibiblio.org/gutenberg/etext03> or
<ftp://ftp.ibiblio.org/pub/docs/books/gutenberg/etext03>

Or /etext02, 01, 00, 99, 98, 97, 96, 95, 94, 93, 92, 91 or 90

Just search by the first five letters of the filename you want, as it appears in our Newsletters.

Information about Project Gutenberg (one page)

We produce about two million dollars for each hour we work. The time it takes us, a rather conservative estimate, is fifty hours to get any eBook selected, entered, proofread, edited, copyright searched and analyzed, the copyright letters written, etc. Our projected audience is one hundred million readers. If the value per text is nominally estimated at one dollar then we produce \$2 million dollars per hour in 2002 as we release over 100 new text files per month: 1240 more eBooks in 2001 for a total of 4000+ We are already on our way to trying for 2000 more eBooks in 2002 If they reach just 1-2% of the world's population then the total will reach over half a trillion eBooks given away by year's end.

The Goal of Project Gutenberg is to Give Away 1 Trillion eBooks! This is ten thousand titles each to one hundred million readers, which is only about 4% of the present number of computer users.

Here is the briefest record of our progress (* means estimated):

eBooks Year Month

1 1971 July
10 1991 January
100 1994 January
1000 1997 August
1500 1998 October
2000 1999 December
2500 2000 December
3000 2001 November

4000 2001 October/November
6000 2002 December*
9000 2003 November*
10000 2004 January*

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation has been created to secure a future for Project Gutenberg into the next millennium.

We need your donations more than ever!

As of February, 2002, contributions are being solicited from people and organizations in: Alabama, Alaska, Arkansas, Connecticut, Delaware, District of Columbia, Florida, Georgia, Hawaii, Illinois, Indiana, Iowa, Kansas, Kentucky, Louisiana, Maine, Massachusetts, Michigan, Mississippi, Missouri, Montana, Nebraska, Nevada, New Hampshire, New Jersey, New Mexico, New York, North Carolina, Ohio, Oklahoma, Oregon, Pennsylvania, Rhode Island, South Carolina, South Dakota, Tennessee, Texas, Utah, Vermont, Virginia, Washington, West Virginia, Wisconsin, and Wyoming.

We have filed in all 50 states now, but these are the only ones that have responded.

As the requirements for other states are met, additions to this list will be made and fund raising will begin in the additional states. Please feel free to ask to check the status of your state.

In answer to various questions we have received on this:

We are constantly working on finishing the paperwork to legally request donations in all 50 states. If your state is not listed and you would like to know if we have added it since the list you have, just ask.

While we cannot solicit donations from people in states where we are not yet registered, we know of no prohibition against accepting donations from donors in these states who approach us with an offer to donate.

International donations are accepted, but we don't know ANYTHING about how to make them tax-deductible, or even if they CAN be made deductible, and don't have the staff to handle it even if there are ways.

Donations by check or money order may be sent to:

Project Gutenberg Literary Archive Foundation
PMB 113
1739 University Ave.
Oxford, MS 38655-4109

Contact us if you want to arrange for a wire transfer or payment

method other than by check or money order.

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation has been approved by the US Internal Revenue Service as a 501(c)(3) organization with EIN [Employee Identification Number] 64-622154. Donations are tax-deductible to the maximum extent permitted by law. As fund-raising requirements for other states are met, additions to this list will be made and fund-raising will begin in the additional states.

We need your donations more than ever!

You can get up to date donation information online at:

<http://www.gutenberg.net/donation.html>

If you can't reach Project Gutenberg,
you can always email directly to:

Michael S. Hart <hart@pobox.com>

Prof. Hart will answer or forward your message.

We would prefer to send you information by email.

****The Legal Small Print****

(Three Pages)

*****START**THE SMALL PRINT!**FOR PUBLIC DOMAIN EBOOKS**START*****

Why is this "Small Print!" statement here? You know: lawyers. They tell us you might sue us if there is something wrong with your copy of this eBook, even if you got it for free from someone other than us, and even if what's wrong is not our fault. So, among other things, this "Small Print!" statement disclaims most of our liability to you. It also tells you how you may distribute copies of this eBook if you want to.

***BEFORE!* YOU USE OR READ THIS EBOOK**

By using or reading any part of this PROJECT GUTENBERG-tm eBook, you indicate that you understand, agree to and accept this "Small Print!" statement. If you do not, you can receive a refund of the money (if any) you paid for this eBook by sending a request within 30 days of receiving it to the person you got it from. If you received this eBook on a physical medium (such as a disk), you must return it with your request.

ABOUT PROJECT GUTENBERG-TM EBOOKS

This PROJECT GUTENBERG-tm eBook, like most PROJECT GUTENBERG-tm eBooks,

is a "public domain" work distributed by Professor Michael S. Hart through the Project Gutenberg Association (the "Project"). Among other things, this means that no one owns a United States copyright on or for this work, so the Project (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth below, apply if you wish to copy and distribute this eBook under the "PROJECT GUTENBERG" trademark.

Please do not use the "PROJECT GUTENBERG" trademark to market any commercial products without permission.

To create these eBooks, the Project expends considerable efforts to identify, transcribe and proofread public domain works. Despite these efforts, the Project's eBooks and any medium they may be on may contain "Defects". Among other things, Defects may take the form of incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other eBook medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

LIMITED WARRANTY; DISCLAIMER OF DAMAGES

But for the "Right of Replacement or Refund" described below, [1] Michael Hart and the Foundation (and any other party you may receive this eBook from as a PROJECT GUTENBERG-tm eBook) disclaims all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees, and [2] YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE OR UNDER STRICT LIABILITY, OR FOR BREACH OF WARRANTY OR CONTRACT, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES, EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGES.

If you discover a Defect in this eBook within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending an explanatory note within that time to the person you received it from. If you received it on a physical medium, you must return it with your note, and such person may choose to alternatively give you a replacement copy. If you received it electronically, such person may choose to alternatively give you a second opportunity to receive it electronically.

THIS EBOOK IS OTHERWISE PROVIDED TO YOU "AS-IS". NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, ARE MADE TO YOU AS TO THE EBOOK OR ANY MEDIUM IT MAY BE ON, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR A PARTICULAR PURPOSE.

Some states do not allow disclaimers of implied warranties or the exclusion or limitation of consequential damages, so the above disclaimers and exclusions may not apply to you, and you may have other legal rights.

INDEMNITY

You will indemnify and hold Michael Hart, the Foundation, and its trustees and agents, and any volunteers associated with the production and distribution of Project Gutenberg-tm texts harmless, from all liability, cost and expense, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following that you do or cause: [1] distribution of this eBook, [2] alteration, modification, or addition to the eBook, or [3] any Defect.

DISTRIBUTION UNDER "PROJECT GUTENBERG-tm"

You may distribute copies of this eBook electronically, or by disk, book or any other medium if you either delete this "Small Print!" and all other references to Project Gutenberg, or:

[1] Only give exact copies of it. Among other things, this requires that you do not remove, alter or modify the eBook or this "small print!" statement. You may however, if you wish, distribute this eBook in machine readable binary, compressed, mark-up, or proprietary form, including any form resulting from conversion by word processing or hypertext software, but only so long as *EITHER*:

[*] The eBook, when displayed, is clearly readable, and does *not* contain characters other than those intended by the author of the work, although tilde (~), asterisk (*) and underline (_) characters may be used to convey punctuation intended by the author, and additional characters may be used to indicate hypertext links; OR

[*] The eBook may be readily converted by the reader at no expense into plain ASCII, EBCDIC or equivalent form by the program that displays the eBook (as is the case, for instance, with most word processors); OR

[*] You provide, or agree to also provide on request at no additional cost, fee or expense, a copy of the eBook in its original plain ASCII form (or in EBCDIC or other equivalent proprietary form).

[2] Honor the eBook refund and replacement provisions of this "Small Print!" statement.

[3] Pay a trademark license fee to the Foundation of 20% of the gross profits you derive calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. If you don't derive profits, no royalty is due. Royalties are payable to "Project Gutenberg Literary Archive Foundation"

the 60 days following each date you prepare (or were legally required to prepare) your annual (or equivalent periodic) tax return. Please contact us beforehand to let us know your plans and to work out the details.

WHAT IF YOU *WANT* TO SEND MONEY EVEN IF YOU DON'T HAVE TO?

Project Gutenberg is dedicated to increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form.

The Project gratefully accepts contributions of money, time, public domain materials, or royalty free copyright licenses.

Money should be paid to the:

"Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

If you are interested in contributing scanning equipment or software or other items, please contact Michael Hart at:
hart@pobox.com

[Portions of this eBook's header and trailer may be reprinted only when distributed free of all fees. Copyright (C) 2001, 2002 by Michael S. Hart. Project Gutenberg is a TradeMark and may not be used in any sales of Project Gutenberg eBooks or other materials be they hardware or software or any other related product without express permission.]

*END THE SMALL PRINT! FOR PUBLIC DOMAIN EBOOKS*Ver.02/11/02*END*

ALL PRINT! FOR PUBLIC DOMAIN EBOOKS*Ver.02/11/02*END*

tatement. You may however,

if you wish, distribute this eBook in machine readable

binary, compressed, mark-up, or proprietary form,

including any form resulting from conversion by word

processing or hypertext software, but only so long as

*